

EL NUEVO ACELERADOR

H. G. Wells

En verdad que si alguna vez un hombre encontró una guinea buscando un alfiler, ése fue mi buen amigo el profesor Gibberne. Yo había oído hablar ya de investigadores que sobrepasaban su objeto; pero nunca hasta el extremo que él lo ha conseguido. Esta vez, al menos, y sin exageración, Gibberne ha hecho un descubrimiento que revolucionará la vida humana.

Y esto le sucedió sencillamente buscando un estimulante nervioso de efecto general para hacer recobrar a las personas debilitadas las energías necesarias en nuestros agitados días.

Yo he probado varias veces la droga, y lo único que puedo hacer es describir el efecto que me ha producido. Pronto resultará evidente que a todos aquellos que andan al acecho de nuevas sensaciones les están reservados experimentos sorprendentes.

El profesor Gibberne, como es sabido, es convecino mío en Folkestone. Si la memoria no me engaña, han aparecido retratos suyos, de diferentes edades, en el Strand Magazine, creo que a fines del año 1899; pero no puedo comprobarlo, porque he prestado el libro a alguien que no me lo ha devuelto. Quizá recuerde el lector la alta frente y las negras cejas, singularmente tupidas que dan a su rostro un aire tan mefistofélico. Ocupa una de esas pequeñas y agradables casas aisladas, de estilo mixto, que dan un aspecto tan interesante al extremo occidental del camino alto de Sandgate. Su casa es la que tiene el tejado flamenco y el pórtico árabe, y en la pequeña habitación del mirador es donde trabaja cuando se encuentra aquí, y donde nos hemos reunido tantas tardes a fumar y conversar. Su conversación es animadísima; pero también le gusta hablarme acerca de sus trabajos. Es uno de esos hombres que encuentran una ayuda y un estimulante en la conversación, por lo que a mí me ha sido posible seguir la concepción del Nuevo Acelerador desde su origen. Desde luego, la mayor parte de sus trabajos experimentales no se verifican en Folkestone, sino en Gower Street, en el magnífico y flamante laboratorio continuo al hospital, laboratorio que él ha sido el primero en usar.

Como todo el mundo sabe, o por lo menos todas las personas inteligentes, la especialidad en que Gibberne ha ganado una reputación tan grande como merece entre los fisiólogos han

sido en la acción de las medicinas sobre el sistema nervioso. Según me han dicho, no tiene rival en sus conocimientos sobre medicamentos soporíferos, sedantes y anestésicos. También es un químico bastante eminente, y creo que en la sutil y completa selva de los enigmas que se concentran en las células de los ganglios y en las fibras nerviosas ha abierto pequeños claros, ha logrado ciertas elucidaciones que, hasta que él juzgue oportuno publicar sus resultados, seguirán siendo inaccesibles para los demás mortales. Y en estos últimos años se ha consagrado con especial asiduidad a la cuestión de los estimulantes nerviosos, en los que ya había obtenido grandes éxitos antes del descubrimiento del Nuevo Acelerador. La ciencia médica tiene que agradecerle, por lo menos, tres reconstituyentes distintos y absolutamente eficaces, de incomparable utilidad práctica. En los casos de agotamiento, la preparación conocida con el nombre de Jarabe B de Gibberne ha salvado ya más vidas, creo yo, que cualquier bote de salvamento de la costa.

—Pero ninguna de estas pequeñas cosas me deja todavía satisfecho —me dijo hace cerca de un año—. O bien aumentan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente aumentan la energía disponible, aminorando la conductividad nerviosa, y todas ellas causan un efecto local y desigual. Una vivifica el corazón y las vísceras, y entorpece el cerebro; otra, obra sobre el cerebro a la manera del champaña, y no hace nada bueno para el plexo solar, y lo que yo quiero, y pretendo obtener, si es humanamente posible, es un estimulante que afecte todos los órganos, que vivifique durante cierto tiempo desde la coronilla hasta la punta de los pies, y que haga a uno dos o tres veces superior a los demás hombres. ¿Eh? Eso es lo que yo busco.

—Pero esa actividad fatigaría al hombre.

—No cabe duda. Y comería doble o triple, y así sucesivamente. Pero piense usted lo que eso significaría. Imagínese usted en posesión de un frasquito como éste —y alzó una botellita de cristal verde, con la que subrayó sus frases—, y que en este precioso frasquito se encuentra el poder de pensar con el doble de rapidez, de moverse con el doble de celeridad, de realizar un trabajo doble en un tiempo dado de lo que sería posible de cualquier otro modo.

—¿Pero es posible conseguir una cosa así?

—Yo creo que sí. Si no lo es, he perdido el tiempo durante un año. Estas diversas preparaciones de los hipofosfitos, por ejemplo, parecen demostrar algo como eso. Aun si sólo se tratara de acelerar la vitalidad con un ciento por ciento esto lo conseguiría.

—Puede que sí —dije yo.

—Si usted fuera, por ejemplo, un gobernante que se encontrara ante una grave situación y tuviera que tomar una decisión urgente, con los minutos contados. ¿Qué le parece...?

—Se podría suministrar una dosis al secretario particular —dije yo.

—Ganaría usted... la mitad del tiempo. O suponga usted, por ejemplo, que quiere acabar un libro.

—Por regla general —dije yo —suelo desear no haberlos empezado nunca.

—O un médico que quiere reflexionar rápidamente ante un caso mortal. O un abogado... o un hombre que quiere ser aprobado en un examen.

—Para esos hombres valdría una guinea cada gota, o más —dije yo.

—También en un duelo —dijo Gibberne—, en donde todo depende de la rapidez en oprimir el gatillo.

—O en manejar la espada —añadí yo.

—Mire usted —dijo Gibberne—: si lo consigo gracias a una droga de efecto general, esto no causará ningún daño, salvo que puede hacerlo envejecer más pronto en un grado infinitesimal. Y habrá vivido el doble que los demás.

—Oiga —dije yo, reflexionando—: ¿sería eso leal en un duelo?

—Esa es una cuestión que deberán resolver los padrinos —repuso Gibberne.

—¿Y realmente cree usted que eso es posible? —repetí, volviendo a preguntas específicas.

—Tan posible —repuso Gibberne, lanzando una mirada a algo que pasaba vibrando por delante de la ventana— como un autobús. A decir verdad...

Se detuvo, sonrió sagazmente y dio unos golpecitos en el borde de la mesa con el frasquito verde.

—Creo que conozco la droga... He obtenido ya algo prometedor, terminó.

La nerviosa sonrisa de su semblante traicionaba la verdad de su revelación. Gibberne hablaba raramente de sus trabajos experimentales a no ser que se hallara muy cerca del triunfo.

—Y puede ser..., puede ser..., no me sorprendería..., que la vitalidad resultara más que duplicada.

—Eso será una cosa enorme —aventuré yo.

—Será, en efecto, una cosa enorme —repitió él.

Pero, a pesar de todo, no creo que supiera por completo lo enorme que iba a ser aquello. Recuerdo que después hablamos varias veces acerca de la droga. Gibberne la llamaba el Nuevo Acelerador, y cada vez hablaba de ella con más confianza. A veces hablaba nerviosamente de los resultados fisiológicos inesperados que podría producir su uso, y entonces se mostraba francamente mercantil, y teníamos largas y apasionadas discusiones sobre la manera de dar a la preparación un giro comercial.

—Es una cosa buena —decía Gibberne—, una cosa estupenda. Yo sé que voy a dotar al mundo de algo valioso, y creo que no deja de ser razonable esperar que el mundo la pague. La dignidad de la ciencia es una cosa muy bonita; pero de todos modos, me parece que debo reservarme el monopolio de la droga durante unos diez años, por ejemplo. No veo la razón de que todos los goces de la vida les estén reservados a los tratantes de jamones.

El interés que yo mismo sentía por la droga esperada no decayó, en verdad, con el tiempo. Siempre he tenido una rara propensión a la metafísica. Siempre ha sido aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y me parecía que, en realidad, Gibberne preparaba nada menos que la aceleración absoluta de la vida. Supóngase un hombre que se dosificara repetidamente con semejante preparación: este hombre viviría, en efecto, una vida activa y única; pero sería adulto a los once años, de edad madura a los veinticinco, y a los treinta emprendería el camino de la decrepitud senil.

Hasta este punto se me figuraba que Gibberne sólo iba a procurar a todo el mundo el que tomara su droga exactamente lo mismo que lo que la Naturaleza ha procurado a los judíos y a los orientales, que son hombres a los quince años y ancianos a los cincuenta, y siempre más rápidos que nosotros en el pensar y en obrar. Siempre me ha maravillado la acción de las drogas; por medio de ellas se puede enloquecer a un hombre, calmarle, darle una fortaleza y una vivacidad increíbles, o convertirle en un leño impotente, activar esta pasión o moderar aquella; y ¡ahora venía a añadirse un nuevo milagro a este extraño arsenal de frascos que utilizan los médicos! Pero Gibberne estaba demasiado atento a los puntos técnicos para que penetrara mucho en mi aspecto de la cuestión.

Fue el siete o el ocho de agosto cuando me dijo que la destilación que decidiría su fracaso o su éxito temporal se estaba verificando mientras nosotros hablábamos, y el día diez cuando me dijo que la operación estaba terminada y que el Nuevo Acelerador era una realidad palpable. Este día lo encontré cuando subía la cuesta de Sandgate, en dirección de Folkestone (creo que iba a cortarme el pelo); Gibberne vino a mi encuentro apresuradamente, y supongo que se dirigía a mi casa para comunicarme en el acto su éxito. Recuerdo que los ojos le brillaban de una manera insólita en la cara acalorada, y hasta noté la rápida celeridad de sus pasos.

—Es cosa hecha —gritó, agarrándome la mano y hablando muy de prisa—. Más que hecha. Venga a mi casa a verlo.

—¿De verdad?

—¡De verdad! —gritó—. ¡Es increíble. Venga a verlo.

—¿Pero produce... el doble?

—Más, mucho más. Me he espantado. Venga a ver la droga. ¡Pruébela! ¡Ensáyela! Es la droga más asombrosa del mundo. Me aferró el brazo, y marchando a un paso tal que me obligaba a ir corriendo, subió conmigo la cuesta, gritando sin cesar. Todo un ómnibus de excursionistas se volvió a mirarnos al unísono, a la manera que lo hacen los ocupantes de estos vehículos. Era uno de esos días calurosos y claros que tanto abundan en Folkestone; todos los colores brillaban de manera increíble, y los contornos se recortaban con rudeza. Soplaban una leve brisa, desde luego; pero no tanto como la que necesitaría para refrescarme y calmarme el sudor en aquellas condiciones. Jadeando, pedí misericordia.

—No andaré muy de prisa, ¿verdad? —exclamó Gibberne, reduciendo su paso a una marcha todavía rápida.

—¿Ha probado usted ya esa droga? —dije yo, soplando.

—No. A lo sumo una gota de agua que quedaba en un vaso que enjuagué para quitar las últimas huellas de la droga. Anoche sí la tomé, ¿sabe usted? Pero eso ya es cosa pasada.

—¿Y duplica la actividad? —pregunté yo al acercarme a la entrada de su casa, sudando de una manera lamentable.

—¡La multiplica mil veces, muchos miles de veces! —exclamó Gibberne con un gesto dramático, abriendo violentamente la ancha cancela de viejo roble tallado.

—¿Eh? —dije yo, siguiéndole hacia la puerta.

—Ni siquiera sé cuántas veces la multiplica —dijo Gibberne con el llavín en la mano.

— ¿Y usted...?

—Esto arroja toda clase de luces sobre la fisiología nerviosa; da a la teoría de la visión una forma enteramente nueva... Sabe Dios cuántos miles de veces. Ya lo veremos después. Lo importante ahora es ensayar la droga.

— ¿Ensayar la droga? —exclamé yo mientras seguíamos el corredor.

— ¡Claro! —Dijo Gibberne, volviéndose hacia mí en su despacho—. ¡Ahí está, en ese frasco verde! ¡A no ser que tenga usted miedo!

Yo soy, por naturaleza, un hombre prudente, sólo intrépido en teoría. Tenía miedo; pero, por otra parte, me dominaba el amor propio.

—Hombre —dije, cavilando—, ¿dice usted que la ha probado?

—Sí; la he probado —repuso—, y no parece que me haya hecho daño, ¿verdad? Ni siquiera tengo mal color, y, por el contrario, siento...

—Venga la poción —dije yo, sentándome—. Si la cosa sale mal, me ahorraré el cortarme el pelo, que es, a mi juicio, uno de los deberes más odiosos del hombre civilizado. ¿Cómo toma usted la mezcla:

—Con agua —repuso Gibberne, poniendo de golpe una botella encima de la mesa.

Se hallaba en pie, delante de su mesa, y me miraba a mí, que estaba sentado en el sillón; sus modales adquirieron de pronto cierta afectación de especialista.

—Es una droga singular, ¿sabe usted? —dijo. Yo hice un gesto con la mano, y él continuó:

—Debo advertirle, en primer lugar, que en cuanto la haya usted bebido, cierre los ojos y no los abra hasta pasado un minuto o algo así, y eso con mucha precaución. Se sigue viendo. El sentido de la vista depende de la duración de las vibraciones, y no de una multitud de choques; pero si se tienen los ojos abiertos, la retina recibe una especie de sacudida, una desagradable confusión vertiginosa. Así que téngalos cerrados.

—Bueno; los cerraré.

—La segunda advertencia es que no se mueva. No empiece usted a andar de un lado para otro, puede darse algún golpe. Recuerde que irá usted varios miles de veces más de prisa que nunca; el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro, todo funcionará con esa rapidez, y puede usted darse un buen golpe sin saber cómo. No notará nada, ¿sabe usted?

Se sentirá lo mismo que ahora. Lo único que le pasará es que parecerá que todo se mueve muchos miles de veces más despacio que antes. Por eso resulta la cosa tan rara.

— ¡Dios mío! —dije yo—. ¿Y pretende usted...?

—Ya verá usted —dijo él, alzando un cuentagotas. Echó una mirada al material de la mesa, y añadió:

—Vasos, agua, todo está listo. No hay que tomar demasiado en el primer ensayo.

El cuentagotas absorbió el precioso contenido del frasco.

—No se olvide de lo que le he dicho —dijo Gibberne, vertiendo las gotas en un vaso de una manera misteriosa—. Permanezca sentado con los ojos herméticamente cerrados y en una inmovilidad absoluta durante dos minutos. Luego me oirá usted hablar.

Añadió un dedo de agua a la pequeña dosis de cada vaso.

—A propósito —dijo—: no deje usted el vaso en la mesa. Téngalo en la mano, descansando ésta en la rodilla. Sí; eso es, Y ahora... Gibberne alzó su vaso.

— ¡Por el Nuevo Acelerador! —dije yo.

— ¡Por el Nuevo Acelerador! —repitió él.

Chocamos los vasos y bebimos, e instantáneamente cerré los ojos. Durante un intervalo indefinido permanecí en una especie de nirvana. Luego oí decir a Gibberne que me despertara, me estremecí, y abrí los ojos. Gibberne seguía en pie en el mismo sitio, y todavía tenía el vaso en la mano. La única diferencia era que éste estaba vacío. —¿Qué? —dije yo.

— ¿No nota nada de particular?

—Nada. Si acaso, una ligera sensación de alborozo. Nada más. —¿Y ruidos?

—Todo está tranquilo —dije yo—. ¡Por Júpiter, sí! Todo está tranquilo, salvo este tenue pat-pat, pat-pat, como el ruido de la lluvia al caer sobre objetos diferentes. ¿Qué es eso?

—Sonidos analizados —creo que me respondió; pero no estoy seguro.

Lanzó una mirada a la ventana y exclamó:

— ¿Ha visto usted alguna vez delante de una ventana una cortina tan inmóvil como esa?

Seguí la dirección de su mirada y vi el extremo de la cortina, como si se hubiera quedado petrificada con una punta en el aire en el momento de ser agitada vivamente por el viento.

—No —dije yo—; es extraño.

— ¿Y esto? —dijo Gibberne, abriendo la mano que tenía el vaso. Como es natural, yo me sobrecogí, esperando que el vaso se rompería contra el suelo. Pero, lejos de romperse, ni siquiera pareció moverse; se mantenía inmóvil en el aire

—En nuestras latitudes —dijo Gibberne—, un objeto que cae recorre, hablando en general, cinco metros en el primer segundo de su caída. Este vaso está cayendo ahora a razón de cinco metros por segundo. Lo que sucede, ¿sabe usted?, es que todavía no ha transcurrido una centésima de segundo. Esto puede darle una idea de la actividad vital que nos ha dado mi Acelerador.

Y empezó a pasar la mano por encima, por debajo y alrededor del vaso, que caía lentamente. Por último, lo cogió por el fondo, lo atrajo hacia sí y lo colocó con mucho cuidado sobre la mesa.

— ¿Eh? —dijo riéndose.

—Esto me parece magnífico —dije yo, y empecé a levantarme del sillón con gran cautela.

Yo me encontraba perfectamente, muy ligero y a gusto y lleno de absoluta confianza en mí mismo. Todo mi ser funcionaba muy de prisa.

Mi corazón, por ejemplo, latía mil veces por segundo; pero esto no me causaba el menor malestar. Miré por la ventana: un ciclista inmóvil con la cabeza inclinada sobre los manubrios y una nube inerte de polvo tras la rueda posterior trataba de alcanzar a un ómnibus lanzado al galope, que no se movía. Yo me quedé con la boca abierta ante este espectáculo increíble.

—Gibberne —exclamé—, ¿cuánto tiempo durará esta maldita droga?

— ¡Dios sabe! —repuso él—. La última vez que la tomé me acosté, y se me pasó durmiendo. Le aseguro que estaba asustado. En realidad, debió de durarme unos minutos, que me parecieron horas. Pero en poco rato creo que el efecto disminuye de una manera bastante súbita.

Yo estaba orgulloso de observar que no estaba asustado, debido, tal vez, a que éramos dos los expuestos.

— ¿Por qué no salir a la calle? —pregunté yo.

— ¿Por qué no?

—La gente se fijará en nosotros.

—De ningún modo. ¡Gracias a Dios! Fíjese usted en que iremos mil veces más de prisa que el juego de manos más rápido que se haya hecho nunca. ¡Vamos! ¿Por dónde salimos? ¿Por la ventana o por la puerta?

Salimos por la ventana.

Seguramente, de todos los experimentos extraños que yo he hecho o imaginado nunca, o que he leído que habían hecho o imaginado otros, esta pequeña incursión que hice con Gibberne por el parque de Folkestone ha sido el más extraño y el más loco de todos.

Por la puerta del jardín salimos a la carretera, y allí hicimos unos minuciosos exámenes del tráfico inmovilizado. El remate de las ruedas y algunas de las patas de los caballos del ómnibus, así como la punta del látigo y la mandíbula inferior del cochero, que en ese preciso instante se puso a bostezar, se movían perceptiblemente; pero el resto del pesado vehículo parecía inmóvil y absolutamente silencioso, excepto un tenue ruido que salía de la garganta de un hombre. ¡Y este edificio petrificado estaba ocupado por un cochero, un guía y once viajeros! El efecto de esta inmovilidad mientras nosotros caminábamos, empezó por parecernos locamente extraño y acabó por ser desagradable.

Veíamos a personas como nosotros, y, sin embargo, diferentes, petrificadas en actitudes descuidadas, sorprendidas a la mitad de un gesto. Una joven y un hombre se sonreían mutuamente, con una sonrisa oblicua que amenazaba hacerse eterna; una mujer con una pamelita de amplias alas apoyaba el brazo en la barandilla del coche y contemplaba la casa de

Gibberne con la impávida mirada de la eternidad; un hombre se acariciaba el bigote como una figura de cera, y otro extendía una mano lenta y rígida, con los dedos abiertos, hacia el sombrero, que se le escapaba. Nosotros los mirábamos, nos reíamos de ellos y les hacíamos muecas; luego nos inspiraron cierto desagrado, y dando media vuelta, atravesamos el camino por delante del ciclista dirigiéndonos al parque.

— ¡Cielo santo! —Exclamó de pronto Gibberne—. ¡Mire!

Delante de la punta de su dedo extendido, una abeja se deslizaba por el aire batiendo lentamente las alas y a la velocidad de un caracol excepcionalmente lento.



Ilustración: Fraga

A poco llegamos al parque. Allí, el fenómeno resultaba todavía más absurdo. La banda estaba tocando en el quiosco, aunque el ruido que hacía era para nosotros como el de una quejumbrosa carraca, algo así como un prolongado suspiro, que tantas veces se convertía en un sonido análogo al del lento y apagado tic tac de un reloj monstruoso. Personas petrificadas, rígidas, se hallaban en pie, y maniqués extraños, silenciosos, de aire fatuo, permanecían en actitudes inestables, sorprendidos en la mitad de un paso durante su paseo por el césped. Yo pasé junto a un perrito de lanas suspendido en el aire al saltar, y contemplé el lento movimiento de sus patas al caer a tierra.

— ¡Oh, mire usted! —exclamó Gibberne. Y nos detuvimos un instante ante un magnífico personaje vestido con un traje de franela blanca y rayas tenues, con zapatos blancos y sombrero panamá, que se volvía a guiñar el ojo a dos damas con vestidos claros que habían pasado a su lado. Un guiño, estudiado con el detenimiento que nosotros podíamos permitirnos, es una cosa muy poco atrayente. Pierde todo carácter de viva alegría, y se observa que el ojo que se guiña no se cierra por completo, y que bajo el párpado aparece el borde inferior del globo del ojo como una tenue línea blanca.

— ¡Como el Cielo me conceda memoria —dije yo—, nunca volveré a guiñar el ojo!

—Ni a sonreír —añadió Gibberne con la mirada fija en los dientes de las damas.

—Hace un calor infernal —dije yo—. Vayamos más despacio.

— ¡Bah! ¡Sigamos! —dijo Gibberne.

Nos abrimos camino por entre las sillas de la avenida. Muchas de las personas sentadas en las sillas parecían bastante naturales en sus actitudes pasivas; pero la faz contorsionada de los músicos no era un espectáculo tranquilizador. Un hombre pequeño, de cara purpúrea, estaba petrificado a la mitad de una lucha violenta por doblar un periódico, a pesar del viento. Encontrábamos muchas pruebas de que todas las gentes desocupadas estaban expuestas a una brisa considerable, que, sin embargo, no existía por lo que a nuestras sensaciones se refería. Nos apartamos un poco de la muchedumbre y nos volvimos a contemplarla.

El espectáculo de toda aquella multitud convertida en un cuadro, con la rígida inmovilidad de figuras de cera, era una maravilla inconcebible. Era absurdo, desde luego; pero me llenaba de un sentimiento exaltado, irracional, de superioridad. ¡Imaginen qué portento! Todo lo que yo había dicho, pensado y hecho desde que la droga había empezado a actuar

en mi organismo había sucedido, en relación con aquellas gentes y con todo el mundo en general, en un abrir y cerrar de ojos.

—El Nuevo Acelerador... —empecé yo; pero Gibberne me interrumpió.

—Ahí está esa vieja infernal.

— ¿Qué vieja?

—Una que vive junto a mi casa. Tiene un perro faldero que no hace más que ladrar. ¡Cielos! ¡La tentación es irresistible!

Gibberne tiene a veces arranques infantiles, impulsivos. Antes que yo pudiera discutir con él, arrancaba al infortunado animal de la existencia visible y corría velozmente con él hacia el barranco del parque. Era la cosa más extraordinaria. El pequeño animal no ladró, no se debatió ni dio la más ligera muestra de vitalidad. Se quedó completamente rígido, en una actitud de reposo soñoliento, mientras Gibberne lo llevaba cogido por el cuello. Era como si fuera corriendo con un perro de madera.

— ¡Gibberne! —grité yo—. ¡Suéltelo!

Luego dije alguna otra cosa y volví a gritarle: —Gibberne, si sigue usted corriendo así, se le va a prender fuego la ropa —ya se le empezaba a chamuscar el pantalón.

Gibberne dejó caer su mano en el muslo y se quedó vacilando al borde del barranco.

—Gibberne —grité yo, corriendo tras él—. Suéltelo. ¡Este calor es excesivo! ¡Es debido a nuestra velocidad! ¡Corremos a tres o cuatro kilómetros por segundo! ... ¡Y el frotamiento del aire!...

— ¿Qué? —dijo Gibberne, mirando al perro.

—El frotamiento del aire! —grité yo—. El frotamiento del aire. Vamos demasiado aprisa. Parecemos aerolitos. Es demasiado calor. ¡Gibberne! ¡Gibberne! Siento muchos pinchazos y estoy cubierto de sudor. Se ve que la gente se mueve ligeramente. ¡Creo que la droga se disipa! Suelte ese perro.

— ¿Eh? —dijo él.

—La droga se disipa —repetí yo—. Nos estamos abrasando, y la droga se disipa. Yo estoy empapado de sudor.

Gibberne se quedó mirándome. Luego miró a la banda, cuyo lento carraspeo empezaba en verdad a acelerarse. Luego, describiendo con el brazo una curva tremenda, arrojó a lo lejos

al perro que se elevó dando vueltas, inanimado aún, y cayó, al fin, sobre las sombrillas de un grupo de damas que conversaban animadamente. Gibberne me cogió del codo.

— ¡Por Júpiter! —exclamó—. Me parece que sí se disipa. Una especie de picor abrasador... sí. Ese hombre está moviendo el pañuelo de una manera perceptible. Debemos marcharnos de aquí rápidamente.

Pero no pudimos marcharnos con bastante rapidez. ¡Y quizá fuera una suerte! Pues, de lo contrario, hubiéramos corrido, y si hubiéramos corrido, creo que nos hubiésemos incendiado. ¡Es casi seguro que nos hubiésemos prendido fuego! Ni Gibberne ni yo habíamos pensado en eso, ¿sabe usted?... Pero antes de que hubiéramos echado a correr, la acción de la droga había cesado. Fue cuestión de una ínfima fracción de segundo. El efecto del Nuevo Acelerador cesó como quien corre una cortina, se desvaneció durante el movimiento de una mano. Oí la voz de Gibberne muy alarmada: —Siéntese —exclamó.

Yo me dejé caer en el césped, al borde del prado, abrasando el suelo. Todavía hay un trozo de hierba quemada en el sitio en que me senté. Al mismo tiempo, la paralización general pareció cesar; las vibraciones desarticuladas de la banda se unieron precipitadamente en una ráfaga de música; los paseantes pusieron el pie en el suelo y continuaron su camino; los papeles y las banderas empezaron a agitarse; las sonrisas se convirtieron en palabras; el personaje que había empezado el guiño lo terminó y prosiguió su camino satisfecho, y todas las personas sentadas se movieron y hablaron.

El mundo entero había vuelto a la vida y empezaba a marchar tan de prisa como nosotros, o, mejor dicho, nosotros no íbamos ya más de prisa que el resto del mundo.

Era como la reducción de la velocidad de un tren al entrar en una estación. Durante uno o dos segundos, todo me pareció que daba vueltas, sentí una ligerísima náusea, y eso fue todo. Y el perrito, que parecía haber quedado suspendido un momento en el aire cuando el brazo de Gibberne le imprimió su velocidad, cayó con súbita celeridad a través de la sombrilla de una dama.

Esto fue nuestra salvación. Excepto un anciano corpulento, que estaba sentado en una silla y que ciertamente se estremeció al vernos, luego nos miró varias veces con gran desconfianza y me parece que acabó por decir algo a su enfermera, acerca de nosotros; no creo que ni una sola persona se diera cuenta de nuestra súbita aparición. ¡Plop! Debimos llegar allí bruscamente. Casi en el acto dejamos de chamuscarnos, aunque la hierba que

había debajo de mí desprendía un calor desagradable. La atención de todo el mundo (incluso la de la banda de la Asociación de Recreos, que por primera vez tocó desafinadamente) había sido atraída por el hecho pasmoso, y por el ruido todavía más pasmoso de los ladridos y la gritería que se originó de que un perro faldero gordo y respetable, que dormía tranquilamente del lado Este del quiosco de la música, había caído súbitamente a través de la sombrilla de una dama que se encontraba en el lado opuesto, llevando los pelos ligeramente chamuscados a causa de la extrema velocidad de su viaje a través del aire. ¡Y en estos días absurdos, en que todos tratamos de ser todo lo psíquicos, lo cándidos y lo supersticiosos que sea posible! La gente se levantó atropelladamente, tirando las sillas, y el guardia del parque acudió. Ignoro cómo se arreglaría la cuestión; estábamos demasiado deseosos de desligarnos del asunto y de rehuir las miradas del anciano de la silla para entretenernos en hacer minuciosas investigaciones. En cuanto estuvimos lo suficientemente fríos y nos recobramos de nuestro vértigo, nuestras náuseas y nuestra confusión de espíritu, nos levantamos, y bordeando la muchedumbre, dirigimos nuestros pasos por el camino del hotel de la metrópoli hacia la casa de Gibberne. Pero entre el tumulto oí muy distintamente al caballero que estaba sentado junto a la dama de la sombrilla rota, que dirigía amenazas e insultos injustificados a uno de los inspectores de las sillas.

—Si usted no ha tirado el perro —le decía—, ¿quién ha sido?

El súbito retorno del movimiento y del ruido familiar, y nuestra natural ansiedad acerca de nosotros mismos (nuestras ropas estaban todavía terriblemente calientes, y la parte delantera de los pantalones blancos de Gibberne estaba chamuscada y ennegrecida), me impidieron hacer sobre todas estas cosas las minuciosas observaciones que hubiera querido. En realidad no hice ninguna observación de algún valor científico sobre este retorno. La abeja, desde luego, se había marchado. Busqué al ciclista con la mirada; pero ya se había perdido de vista cuando nosotros llegamos al camino alto de Sandgate, o quizá nos lo ocultaban los carruajes; sin embargo, el ómnibus de los viajeros, con todos sus ocupantes vivos y agitados ya, marchaba a buen paso cerca de la iglesia próxima.

Al entrar en la casa observamos que el antepecho de la ventana por donde habíamos saltado al salir estaba ligeramente chamuscado, que las huellas de nuestros pies en la grava del sendero eran de una profundidad insólita.

Este fue mi primer experimento del Nuevo Acelerador. Prácticamente habíamos estado corriendo de un lado a otro, y diciendo y haciendo toda clase de cosas, en el espacio de uno o dos segundos de tiempo. Habíamos vivido media hora mientras la banda había tocado dos compases. Pero el efecto causado en nosotros fue que el mundo entero se había detenido, para que nosotros lo examináramos a gusto. Teniendo en cuenta todas las cosas, y particularmente nuestra temeridad al aventurarnos fuera de la casa, el experimento pudo muy bien haber sido mucho más desagradable de lo que fue. Demostró, sin duda, que Gibberne tiene mucho que aprender aún antes que su preparación sea de fácil manejo; pero su viabilidad quedó demostrada ciertamente de una manera indiscutible.

Después de esta aventura, Gibberne ha ido sometiendo constantemente a control el uso de la droga, y varias veces, y sin ningún mal resultado, he tomado yo bajo su dirección dosis medidas, aunque he de confesar que no me he vuelto a aventurar a salir a la calle mientras me encuentro bajo su efecto. Puedo mencionar, por ejemplo, que esta historia ha sido escrita bajo su influencia, de un tirón y sin otra interrupción que la necesaria para tomar un poco de chocolate. La empecé a las seis y veinticinco, y en este momento mi reloj marca la media y un minuto. La comodidad de asegurarse una larga e ininterrumpida cantidad de trabajo en medio de un día lleno de compromisos, nunca podría elogiarse demasiado.

Gibberne está trabajando ahora en el manejo cuantitativo de su preparación, teniendo siempre en cuenta sus distintos efectos en tipos de diferente constitución. Luego espera descubrir un Retardador para diluir la potencia actual, más bien excesiva, de su droga. El Retardador, como es natural, causará el efecto contrario al Acelerador. Empleado solo, permitirá al paciente convertir en unos segundos muchas horas de tiempo ordinario, y conservar así una inacción apática, una fría ausencia de vivacidad, en un ambiente muy agitado o irritante. Juntos los dos descubrimientos, han de originar necesariamente una completa revolución en la vida civilizada, éste será el principio de nuestra liberación del Vestido del Tiempo, de que habla Carlyle. Mientras, este Acelerador nos permitirá concentrarnos con formidable potencia en un momento u ocasión que exija el máximo rendimiento de nuestro vigor y nuestros sentidos, el Retardador nos permitirá pasar en tranquilidad pasiva las horas de penalidad o de tedio. Quizá pecaré de optimista respecto al Retardador, que en realidad no ha sido descubierto aún; pero en cuanto al Acelerador, no hay ninguna duda posible. Su aparición en el mercado en forma cómoda, controlable y

asimilable es cosa de unos meses. Se le podrá adquirir en todas las farmacias y droguerías, en pequeños frascos verdes, a un precio elevado, pero de ningún modo excesivo si se consideran sus extraordinarias cualidades. Se llamará Acelerador Nervioso de Gibberne, y éste espera hallarse en condiciones de facilitará en tres distintas potencias: una de doscientos, otra de novecientos y otra de mil grados, y se distinguirán por etiquetas amarilla, rosa y blanca, respectivamente.

No hay duda de que su uso hace posible un gran número de cosas extraordinarias, pues, desde luego, pueden efectuarse impunemente los actos más notables y hasta quizá los más criminales, escurriéndose de este modo, por decirlo así, a través de los intersticios del tiempo. Como todas las preparaciones potentes, ésta sería susceptible de abuso.

No obstante, nosotros hemos discutido a fondo este aspecto de la cuestión, y hemos decidido que eso es puramente un problema de jurisprudencia médica completamente al margen de nuestra jurisdicción. Nosotros fabricaremos y venderemos el Acelerador, y en cuanto a las consecuencias..., ya veremos.

(Título original: "The New accelerator" - 1901)

H. G. Wells (Herbert George Wells) nació en Bromley, Kent, Inglaterra el 21 de septiembre de 1866 y murió el 13 de agosto de 1946. No tiene sentido extenderse sobre su vida y obra en un espacio tan exiguo porque cualquier mención será parcial, mezquina. Los aportes de Wells al género han sido decisivos y varios hilos de la moderna ciencia ficción derivan directamente de sus obras. Nos limitaremos a decir, entonces, que es el autor de *La máquina del tiempo* (1895), *La isla del Dr. Moreau* (1896), *El hombre invisible* (1897), *La guerra de los mundos* (1898), *Cuando el durmiente despierta* (1899), *Los primeros hombres en la Luna* (1900), *El alimento de los Dioses* (1903), *En los días del cometa* (1905), *Los Hombres-Dioses* (1922).

EXILIO

Edmond Hamilton

¡Lo que daría ahora por no haber hablado de ciencia ficción aquella noche! Si no lo hubiéramos hecho, en estos momentos no estaría obsesionado con esta bizarra e imposible historia que nunca podrá ser comprobada ni refutada.

Pero tratándose de cuatro escritores profesionales de relatos fantásticos, supongo que el tema resultaba ineludible. A pesar de que logramos exponerlo durante toda la cena y los tragos que tomamos después, Madison, gustoso, contó a grandes rasgos su partida de caza, y luego Brazell inició una discusión sobre los pronósticos de los Dodgers. Más tarde me vi obligado a desviar la conversación al terreno de la fantasía.

No era mi intención hacer algo así. Pero había bebido un escocés de más, y eso siempre me vuelve analítico. Y me divertía la perfecta apariencia de que los cuatro éramos personas comunes y corrientes.

— Camuflaje protector, eso es —anuncié—. ¡Cuánto nos esforzamos por actuar como chicos, normales y ordinarios!

Brazell me miró, un poco molesto por la abrupta interrupción.

— ¿De qué estás hablando?

— De nosotros cuatro —respondí—. ¡Qué espléndida imitación de ciudadanos hechos y derechos! Pero no estamos contentos con eso... ninguno de nosotros. Por el contrario, estamos violentamente insatisfechos con la Tierra y con todas sus obras; por eso nos pasamos la vida creando uno tras otro, mundos imaginarios.

— Supongo que el pequeño detalle de hacerlo por dinero no tiene nada que ver —inquirió Brazell escéptico.

— Claro que sí —admití—. Pero todos creamos nuestros mundos y pueblos imposibles muchísimo antes de escribir una sola línea, ¿verdad? Incluso desde nuestra infancia, ¿no? Por eso no estamos a gusto aquí.

— Nos sentiríamos mucho peor en alguno de los mundos que describimos —replicó Madison.

En ese momento Carrick, el cuarto del grupo intervino en la conversación. Estaba sentado en silencio, como de costumbre, copa en mano, meditabundo, sin prestarnos atención.

Carrick era raro en muchos aspectos. Sabíamos poco de él, pero lo apreciábamos y admirábamos sus historias. Había escrito algunos relatos fascinantes, minuciosamente elaborados en su totalidad sobre un planeta imaginario.

— Lo mismo me ocurrió a mí en una ocasión —dijo a Madison.

— ¿Qué? —preguntó Madison.

— Lo que acabas de sugerir... Una vez escribí sobre un mundo imaginario y luego me ví obligado a vivir en él —comentó Carrick.

Madison soltó una carcajada.

— Espero que haya sido un sitio más habitable que los escalofriantes planetas en los que yo planteo mis embustes.

Carrick ni siquiera sonrió.

— De haber sabido que viviría en él, lo habría creado muy distinto —murmuró.

Brazell tras dirigir una mirada significativa a la copa vacía de Carrick, nos guiñó un ojo y pidió, con voz melosa:

— Cuéntenos cómo fue, Carrock.

Carrick no apartó la mirada de su copa, mientras la giraba entre sus dedos al hablar. Se detenía entre una frase y otra.

“Sucedio inmediatamente despues de que me mudara junto a la Gran Central de Energia. A primera vista, parecia un lugar ruidoso, pero, en realidad, se vivia muy tranquilo en las afueras de la ciudad. Y yo necesitaba tranquilidad para escribir mis historias.

“Me dispuse a trabajar en la nueva serie que habia comenzado, una coleccion de relatos que ocurririan en aquel mundo imaginario. Empecé por crear detalladamente todas las historias físicas de ese mundo, y del universo que lo contenia. Y cuando terminé, ¡algo en mi mente hizo clic!

“Esa breve y extraña sensacion me pareció una súbita materialización. Me quedé allí, inmobilizado, al tiempo que me preguntaba si estaria enloqueciendo, pues tuve la repentina seguridad de que el mundo que yo habia creado durante todo el día acababa de cristalizar en una existencia concreta, en alguna parte.

“Por supuesto, ignoré esa extraña idea, salí de casa y me olvidé del asunto. Pero al día siguiente sucedió de nuevo. Dedicué la mayor parte del tiempo a la creación de los habitantes del mundo de mi historia. Sin duda los habia imaginado humanos, aunque decidí que no fueran demasiado civilizados, pues eso imposibilitaria los conflictos y la violencia indispensable para mi trama.

“Así pues, habia gestado mi mundo imaginario, un mundo de gente que estaba a medio civilizar. Imaginé todas sus crueldades y supersticiones. Erigí sus bárbaras y pintorescas ciudades. Y, justo cuando terminé, aquel clic resonó de nuevo en mi mente.

“Entonces sí me asusté de verdad, pues sentí con mayor fuerza que la primera vez esa extraña convicción de que mis sueños se habian materializado para dar paso a una realidad sólida. Sabía que era una locura; sin embargo, en mi mente tenía la increíble certeza. No podía abandonar esa idea.

“Traté de convencerme de descartar tan loca convicción. Si en verdad habia creado un mundo y un universo con sólo imaginarlos, ¿dónde se hallaban? Desde luego no en mi

propio cosmos. No podría contener dos universos..., completamente distintos el uno del otro,

“Pero, ¿y si este mundo y este universo de mi imaginación se habían concretado en la realidad en otro cosmos vacío? ¿Un cosmos localizado en una dimensión diferente a la mía? ¿Uno que contuviera solamente átomos libres, materia informe que no había adquirido forma hasta que, de alguna manera, mis concentrados pensamientos les hicieron tomar las imágenes que yo había soñado?

“Medité esa idea de la extraña manera en que se aplican las leyes de la lógica a las cosas imposibles. ¿Por qué los relatos que yo imaginaba no se habían vuelto realidad en ocasiones anteriores y sólo ahora habían empezado a hacerlo? Bueno, para eso había una explicación plausible. Vivía cerca de la Gran Central de Energía. Alguna insospechada corriente de energía emanada de ella dirigía mi imaginación condensada, como una fuerza superamplificadora, hacía un cosmos vacío donde conmocionó la masa informe y la hizo apropiarse de las formas que yo soñaba.

“¿Creía en eso? No. Por supuesto que no, pero lo sabía. Hay una gran diferencia entre el conocimiento y la creencia; como alguien dijo: «Todos los hombres saben que un día morirán y ninguno cree que llegará ese día». Pues conmigo ocurrió lo mismo. Me daba cuenta que no era posible que mi mundo fantástico hubiese adquirido una existencia física en un cosmos dimensional diferente, aunque, al mismo tiempo, yo tenía la extraña convicción de que así era.

“Y entonces se me ocurrió algo que me pareció entretenido e interesante. ¿Y si me creaba a mí mismo en ese otro mundo? ¿También sería yo real en él? Lo intenté. Me senté ante mi escritorio y me imaginé a mí mismo como uno más entre los millones de individuos de ese mundo ficticio; pude crear todo un trasfondo familiar e histórico coherente para mí en aquel lugar. ¿Y algo en mi mente hizo click?”.

Carrick hizo una pausa. Todavía contemplaba la copa vacía que agitaba lentamente entre sus dedos.

Madison lo incitó a continuar:

— Y seguro despertaste allí y una hermosa muchacha se acercó a ti, y preguntaste: “¿Dónde estoy?”

— No sucedió así —respondió Carrick sombrío—. No fue así en absoluto. Desperté en ese otro mundo, sí. Pero no fue como un despertar real. Simplemente, aparecía allí de repente.

“Seguía siendo yo. Pero era el yo imaginado por mí para ese otro mundo. Se trataba de otro yo que siempre había vivido allí..., del mismo modo que sus antepasados. Verán, yo lo había creado todo.

“Y mi otro yo era tan real en ese mundo imaginario creado por mí como lo había sido en el mío propio. Eso fue lo peor. Todo en ese mundo a medio civilizar era tan vulgar dentro de su realidad...”

Hizo una nueva pausa.

“Al principio me resultó extraño. Caminé por las calles de aquellas bárbaras ciudades y miré los rostros de las personas con un imperioso deseo de gritar en voz alta: « ¡Yo los imaginé a todos! ¡Ninguno de ustedes existía hasta que yo los soñé! ».

“Sin embargo no lo hice. No me habrían creído. Para ellos, yo no era más que un miembro insignificante de su raza. ¿Cómo podían creer que ellos, sus tradiciones y su historia, su mundo y su universo, habían surgido súbitamente gracias a mi imaginación?

“Cuando ceso mi turbación inicial, me desagradó el lugar. Lo había creado demasiado bárbaro. Las salvajes violencias y crueldades que me habían parecido tan seductoras como material para una historia, eran aberrantes y repulsivas al vivirlas en mi propia carne. Sólo deseaba volver a mi mundo.

“¡Y no pude regresar! No había forma. Tuve la vaga sensación de que podría imaginarme de vuelta en mi mundo así como había imaginado mi viaje a ese otro. Pero fue en vano. La extraña fuerza que había propiciado el milagro no funcionaba en la dirección contraria.

“Lo pasé bastante mal al percatarme de que estaba atrapado en un mundo desagradable, extenuado y bárbaro. Primero pensé en suicidarme. Sin embargo, no lo hice. El hombre se adapta a todo. Y yo me acoplé lo mejor que pude al mundo creado por mí.”

— ¿Qué hiciste allí? Quiero decir: ¿qué función cumpliste? —Preguntó Brazell.

Carrick se encogió de hombros.

— No dominaba las habilidades y destrezas del mundo que había creado. Sólo poseía mi propio oficio... el de contar historias.

Empecé a sonreír.

— ¿No querrás decir que empezaste a escribir historias fantásticas?

Él asintió, sombrío.

— No me quedó más remedio. Era lo único que podía hacer. Escribí historias sobre mi propio mundo real. Para esa gente, mis relatos eran de una imaginación desbordante... y les gustaron.

Nos echamos a reír. Pero Carrick permaneció mortalmente serio.

Madison llevó la broma hasta sus últimas consecuencias.

— ¿Y cómo te las arreglaste para regresar finalmente a casa desde ese otro mundo que habías creado?

— ¡Nunca regresé a casa! —Respondió Carrick con un amargo suspiro.

EL RUIDO DE UN TRUENO

Ray Bradbury

El anuncio en la pared parecía temblar bajo una móvil película de agua caliente. Eckels sintió que parpadeaba, y el anuncio ardió en la momentánea oscuridad:

SAFARI EN EL TIEMPO S.A.

SAFARIS A CUALQUIER AÑO DEL PASADO.

USTED ELIGE EL ANIMAL

NOSOTROS LO LLEVAMOS ALLÍ.

USTED LO MATA.

Una flema tibia se le formó en la garganta a Eckels. Tragó saliva empujando hacia abajo la flema. Los músculos alrededor de la boca formaron una sonrisa, mientras alzaba lentamente la mano, y la mano se movió con un cheque de diez mil dólares ante el hombre del escritorio.

-¿Este safari garantiza que yo regrese vivo?

-No garantizamos nada -dijo el oficial-, excepto los dinosaurios. -Se volvió-. Este es el señor Travis, su guía safari en el pasado. Él le dirá a qué debe disparar y en qué momento. Si usted desobedece sus instrucciones, hay una multa de otros diez mil dólares, además de una posible acción del gobierno, a la vuelta.

Eckels miró en el otro extremo de la vasta oficina la confusa maraña zumbante de cables y cajas de acero, y el aura ya anaranjada, ya plateada, ya azul. Era como el sonido de una gigantesca hoguera donde ardía el tiempo, todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas apiladas en llamas. El roce de una mano, y este fuego se volvería maravillosamente, y en un instante, sobre sí mismo. Eckels recordó las palabras de los anuncios en la carta. De las brasas y cenizas, del polvo y los carbones, como doradas salamandras, saltarán los viejos años, los verdes años; rosas endulzarán el aire, las canas se volverán negro ébano, las arrugas desaparecerán. Todo regresará volando a la semilla, huirá

de la muerte, retornará a sus principios; los soles se elevarán en los cielos occidentales y se pondrán en orientes gloriosos, las lunas se devorarán al revés a sí mismas, todas las cosas se meterán unas en otras como cajas chinas, los conejos entrarán en los sombreros, todo volverá a la fresca muerte, la muerte en la semilla, la muerte verde, al tiempo anterior al comienzo. Bastará el roce de una mano, el más leve roce de una mano.

-¡Infierno y condenación! -murmuró Eckels con la luz de la máquina en el rostro delgado-. Una verdadera máquina del tiempo. -Sacudió la cabeza-. Lo hace pensar a uno. Si la elección hubiera ido mal ayer, yo quizá estaría aquí huyendo de los resultados. Gracias a Dios ganó Keith. Será un buen presidente.

-Sí -dijo el hombre detrás del escritorio-. Tenemos suerte. Si Deutscher hubiese ganado, tendríamos la peor de las dictaduras. Es el anti-todo, militarista, anticristo, antihumano, anti-intelectual. La gente nos llamó, ya sabe usted, bromeando, pero no enteramente. Decían que si Deutscher era presidente, querían ir a vivir a 1492. Por supuesto, no nos ocupamos de organizar evasiones, sino safaris. De todos modos, el presidente es Keith. Ahora su única preocupación es...

Eckels terminó la frase:

-Matar mi dinosaurio.

-Un Tyrannosaurus rex. El lagarto del Trueno, el más terrible monstruo de la historia. Firme este permiso. Si le pasa algo, no somos responsables. Estos dinosaurios son voraces.

Eckels enrojeció, enojado.

-¿Trata de asustarme?

-Francamente, sí. No queremos que vaya nadie que sienta pánico al primer tiro. El año pasado murieron seis jefes de safari y una docena de cazadores. Vamos a darle a usted la más extraordinaria emoción que un cazador pueda pretender. Lo enviaremos sesenta millones de años atrás para que disfrute de la mayor y más emocionante cacería de todos los tiempos. Su cheque está todavía aquí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque largo rato. Se le retorcían los dedos.

-Buena suerte -dijo el hombre detrás del mostrador-. El señor Travis está a su disposición.

Cruzaron el salón silenciosamente, llevando los fusiles, hacia la Máquina, hacia el metal plateado y la luz rugiente.

Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, y luego día-noche-día-noche-día. Una semana, un mes, un año, ¡una década! 2055, 2019, ¡1999! ¡1957! ¡Desaparecieron! La Máquina rugió. Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron los intercomunicadores. Eckels se balanceaba en el asiento almohadillado, con el rostro pálido y duro. Sintió un temblor en los brazos y bajó los ojos y vio que sus manos apretaban el fusil. Había otros cuatro hombres en esa máquina. Travis, el jefe del safari, su asistente, Lesperance, y dos otros cazadores, Billings y Kramer. Se miraron unos a otros y los años llamearon alrededor.

-¿Estos fusiles pueden matar a un dinosaurio de un tiro? -se oyó decir a Eckels.

-Si da usted en el sitio preciso -dijo Travis por la radio del casco-. Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza, otro en la columna espinal. No les tiraremos a éstos, y tendremos más probabilidades. Acíérteles con los dos primeros tiros a los ojos, si puede, cegándolo, y luego dispare al cerebro.

La máquina aulló. El tiempo era una película que corría hacia atrás. Pasaron soles, y luego diez millones de lunas.

-Dios santo -dijo Eckels-. Los cazadores de todos los tiempos nos envidiarían hoy. África al lado de esto parece Illinois.

El sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto la Máquina se desvaneció. Se encontraban en los viejos tiempos, tiempos muy viejos en verdad, tres cazadores y dos jefes de safari con sus metálicos rifles azules en las rodillas.

-Cristo no ha nacido aún -dijo Travis-. Moisés no ha subido a la montaña a hablar con Dios. Las pirámides están todavía en la tierra, esperando. Recuerde que Alejandro, Julio César, Napoleón, Hitler... no han existido.

Los hombres asintieron con movimientos de cabeza.

-Eso -señaló el señor Travis- es la jungla de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Mostró un sendero de metal que se perdía en la vegetación salvaje, sobre pantanos humeantes, entre palmeras y helechos gigantes.

-Y eso -dijo- es el Sendero, instalado por Safari en el Tiempo para su provecho. Flota a diez centímetros del suelo. No toca ni siquiera una brizna, una flor o un árbol. Es de un metal antigravitatorio. El propósito del Sendero es impedir que toque usted este mundo del pasado de algún modo. No se salga del Sendero. Repito. No se salga de él. ¡Por ningún motivo! Si se cae del Sendero hay una multa. Y no tire contra ningún animal que nosotros no aprobemos.

-¿Por qué? -preguntó Eckels. Estaban en la antigua selva. Unos pájaros lejanos gritaban en el viento, y había un olor de alquitrán y viejo mar salado, hierbas húmedas y flores de color de sangre.

-No queremos cambiar el futuro. Este mundo del pasado no es el nuestro. Al gobierno no le gusta que estemos aquí. Tenemos que dar mucho dinero para conservar nuestras franquicias. Una máquina del tiempo es un asunto delicado. Podemos matar inadvertidamente un animal importante, un pajarito, un coleóptero, aun una flor, destruyendo así un eslabón importante en la evolución de las especies.

-No me parece muy claro -dijo Eckels.

-Muy bien -continuó Travis-, digamos que accidentalmente matamos aquí un ratón. Eso significa destruir las futuras familias de este individuo, ¿entiende?

-Entiendo.

-¡Y todas las familias de las familias de ese individuo! Con sólo un pisotón aniquila usted primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡un billón de posibles ratones!

-Bueno, ¿y eso qué? -inquirió Eckels.

-¿Eso qué? -gruñó suavemente Travis-. ¿Qué pasa con los zorros que necesitan esos ratones

para sobrevivir? Por falta de diez ratones muere un zorro. Por falta de diez zorros, un león muere de hambre. Por falta de un león, especies enteras de insectos, buitres, infinitos billones de formas de vida son arrojadas al caos y la destrucción. Al final todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años más tarde, un hombre de las cavernas, uno de la única docena que hay en todo el mundo, sale a cazar un jabalí o un tigre para alimentarse. Pero usted, amigo, ha aplastado con el pie a todos los tigres de esa zona al haber pisado un ratón. Así que el hombre de las cavernas se muere de hambre. Y el hombre de las cavernas, no lo olvide, no es un hombre que pueda desperdiciarse, ¡no! Es toda una futura nación. De él nacerán diez hijos. De ellos nacerán cien hijos, y así hasta llegar a nuestros días. Destruya usted a este hombre, y destruye usted una raza, un pueblo, toda una historia viviente. Es como asesinar a uno de los nietos de Adán. El pie que ha puesto usted sobre el ratón desencadenará así un terremoto, y sus efectos sacudirán nuestra tierra y nuestros destinos a través del tiempo, hasta sus raíces. Con la muerte de ese hombre de las cavernas, un billón de otros hombres no saldrán nunca de la matriz. Quizás Roma no se alce nunca sobre las siete colinas. Quizá Europa sea para siempre un bosque oscuro, y sólo crezca Asia saludable y prolífica. Pise usted un ratón y aplastará las pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como un abismo en la eternidad. La reina Isabel no nacerá nunca, Washington no cruzará el Delaware, nunca habrá un país llamado Estados Unidos. Tenga cuidado. No se salga del Sendero. ¡Nunca pise afuera!

-Ya veo -dijo Eckels-. Ni siquiera debemos pisar la hierba.

-Correcto. Al aplastar ciertas plantas quizá sólo sumemos factores infinitesimales. Pero un pequeño error aquí se multiplicará en sesenta millones de años hasta alcanzar proporciones extraordinarias. Por supuesto, quizá nuestra teoría esté equivocada. Quizá nosotros no podamos cambiar el tiempo. O tal vez sólo pueda cambiarse de modos muy sutiles. Quizá un ratón muerto aquí provoque un desequilibrio entre los insectos de allá, una desproporción en la población más tarde, una mala cosecha luego, una depresión, hambres colectivas, y, finalmente, un cambio en la conducta social de alejados países. O aun algo mucho más sutil. Quizá sólo un suave aliento, un murmullo, un cabello, polen en el aire, un cambio tan, tan leve que uno podría notarlo sólo mirando de muy cerca. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede decir realmente que lo sabe? No nosotros. Nuestra teoría no es más que una

hipótesis. Pero mientras no sepamos con seguridad si nuestros viajes por el tiempo pueden terminar en un gran estruendo o en un imperceptible crujido, tenemos que tener mucho cuidado. Esta máquina, este sendero, nuestros cuerpos y nuestras ropas han sido esterilizados, como usted sabe, antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una antigua atmósfera.

-¿Cómo sabemos qué animales podemos matar?

-Están marcados con pintura roja -dijo Travis-. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos aquí a Lesperance con la Máquina. Vino a esta Era particular y siguió a ciertos animales.

-¿Para estudiarlos?

-Exactamente -dijo Travis-. Los rastreó a lo largo de toda su existencia, observando cuáles vivían mucho tiempo. Muy pocos. Cuántas veces se acoplaban. Pocas. La vida es breve. Cuando encontraba alguno que iba a morir aplastado por un árbol u otro que se ahogaba en un pozo de alquitrán, anotaba la hora exacta, el minuto y el segundo, y le arrojaba una bomba de pintura que le manchaba de rojo el costado. No podemos equivocarnos. Luego midió nuestra llegada al pasado de modo que no nos encontremos con el monstruo más de dos minutos antes de aquella muerte. De este modo, sólo matamos animales sin futuro, que nunca volverán a acoplarse. ¿Comprende qué cuidadosos somos?

-Pero si ustedes vinieron esta mañana -dijo Eckels ansiosamente-, debían haberse encontrado con nosotros, nuestro safari. ¿Qué ocurrió? ¿Tuvimos éxito? ¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance se miraron.

-Eso hubiese sido una paradoja -habló Lesperance-. El tiempo no permite esas confusiones..., un hombre que se encuentra consigo mismo. Cuando va a ocurrir algo parecido, el tiempo se hace a un lado. Como un avión que cae en un pozo de aire. ¿Sintió usted ese salto de la Máquina, poco antes de nuestra llegada? Estábamos cruzándonos con nosotros mismos que volvíamos al futuro. No vimos nada. No hay modo de saber si esta expedición fue un éxito, si cazamos nuestro monstruo, o si todos nosotros, y usted, señor Eckels, salimos con vida.

Eckels sonrió débilmente.

-Dejemos esto -dijo Travis con brusquedad-. ¡Todos de pie! Se prepararon a dejar la Máquina. La jungla era alta y la jungla era ancha y la jungla era todo el mundo para siempre y para siempre. Sonidos como música y sonidos como lonas voladoras llenaban el aire: los pterodáctilos que volaban con cavernosas alas grises, murciélagos gigantescos nacidos del delirio de una noche febril. Eckels, guardando el equilibrio en el estrecho sendero, apuntó con su rifle, bromeando.

-¡No haga eso! -dijo Travis.- ¡No apunte ni siquiera en broma, maldita sea! Si se le dispara el arma...

Eckels enrojeció.

- ¿Dónde está nuestro Tyrannosaurus?

- Lesperance miró su reloj de pulsera.

-Adelante. Nos cruzaremos con él dentro de sesenta segundos. Busque la pintura roja, por Cristo. No dispare hasta que se lo digamos. Quédese en el Sendero. ¡Quédese en el Sendero!

Se adelantaron en el viento de la mañana.

-Qué raro -murmuró Eckels-. Allá delante, a sesenta millones de años, ha pasado el día de elección. Keith es presidente. Todos celebran. Y aquí, ellos no existen aún. Las cosas que nos preocuparon durante meses, toda una vida, no nacieron ni fueron pensadas aún.

-¡Levanten el seguro, todos! -ordenó Travis-. Usted dispare primero, Eckels. Luego, Billings. Luego, Kramer.

-He cazado tigres, jabalíes, búfalos, elefantes, pero esto, Jesús, esto es caza -comentó Eckels -. Tiemblo como un niño.

- Ah -dijo Travis.

-Todos se detuvieron.

Travis alzó una mano.

-Ahí adelante -susurró-. En la niebla. Ahí está Su Alteza Real.

La jungla era ancha y llena de gorjeos, crujidos, murmullos y suspiros. De pronto todo cesó, como si alguien hubiese cerrado una puerta.

Silencio.

El ruido de un trueno.

De la niebla, a cien metros de distancia, salió el Tyrannosaurus rex.

-Jesucristo -murmuró Eckels.

-¡Chist!

Venía a grandes trancos, sobre patas aceitadas y elásticas. Se alzaba diez metros por encima de la mitad de los árboles, un gran dios del mal, apretando las delicadas garras de relojero contra el oleoso pecho de reptil. Cada pata inferior era un pistón, quinientos kilos de huesos blancos, hundidos en gruesas cuerdas de músculos, encerrados en una vaina de piel centelleante y áspera, como la cota de malla de un guerrero terrible. Cada muslo era una tonelada de carne, marfil y acero. Y de la gran caja de aire del torso colgaban los dos brazos delicados, brazos con manos que podían alzar y examinar a los hombres como juguetes, mientras el cuello de serpiente se retorció sobre sí mismo. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida que se alzaba fácilmente hacia el cielo, En la boca entreabierta asomaba una cerca de dientes como dagas. Los ojos giraban en las órbitas, ojos vacíos, que nada expresaban, excepto hambre. Cerraba la boca en una mueca de muerte. Corría, y los huesos de la pelvis hacían a un lado árboles y arbustos, y los pies se hundían en la tierra dejando huellas de quince centímetros de profundidad. Corría como si diese unos deslizantes pasos de baile, demasiado erecto y en equilibrio para sus diez toneladas. Entró fatigadamente en el área de sol, y sus hermosas manos de reptil tantearon el aire.

-¡Dios mío! -Eckels torció la boca-. Puede incorporarse y alcanzar la luna.

-¡Chist! -Travis sacudió bruscamente la cabeza-. Todavía no nos vio.

-No es posible matarlo. -Eckels emitió con serenidad este veredicto, como si fuese indiscutible. Había visto la evidencia y ésta era su razonada opinión. El arma en sus manos

parecía un rifle de aire comprimido-. Hemos sido unos locos. Esto es imposible.

-¡Cállese! -siseó Travis.

-Una pesadilla.

-Dé media vuelta -ordenó Travis-. Vaya tranquilamente hasta la máquina. Le devolveremos la mitad del dinero.

-No imaginé que sería tan grande -dijo Eckels-. Calculé mal. Eso es todo. Y ahora quiero irme.

-¡Nos vio!

-¡Ahí está la pintura roja en el pecho!

El Lagarto del Trueno se incorporó. Su armadura brilló como mil monedas verdes. Las monedas, embarradas, humeaban. En el barro se movían diminutos insectos, de modo que todo el cuerpo parecía retorcerse y ondular, aun cuando el monstruo mismo no se moviera. El monstruo resopló. Un hedor de carne cruda cruzó la jungla.

-Sáquenme de aquí -pidió Eckels-. Nunca fue como esta vez. Siempre supe que saldría vivo. Tuve buenos guías, buenos safaris, y protección. Esta vez me he equivocado. Me he encontrado con la horma de mi zapato, y lo admito. Esto es demasiado para mí.

-No corra -dijo Lesperance-. Vuélvase. Ocúltese en la Máquina. -Sí.

Eckels parecía aturdido. Se miró los pies como si tratara de moverlos. Lanzó un gruñido de desesperanza.

-¡Eckels!

Eckels dio unos pocos pasos, parpadeando, arrastrando los pies. -¡Por ahí no!

El monstruo, al advertir un movimiento, se lanzó hacia adelante con un grito terrible. En cuatro segundos cubrió cien metros. Los rifles se alzaron y llamearon. De la boca del monstruo salió un torbellino que los envolvió con un olor de barro y sangre vieja. El monstruo rugió con los dientes brillantes al sol.

Eckels, sin mirar atrás, caminó ciegamente hasta el borde del Sendero, con el rifle que le

colgaba de los brazos. Salió del Sendero, y caminó, y caminó por la jungla. Los pies se le hundieron en un musgo verde. Lo llevaban las piernas, y se sintió solo y alejado de lo que ocurría atrás.

Los rifles dispararon otra vez. El ruido se perdió en chillidos y truenos. La gran palanca de la cola del reptil se alzó sacudiéndose. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El monstruo retorció sus manos de joyero y las bajó como para acariciar a los hombres, para partirlos en dos, aplastarlos como cerezas, meterlos entre los dientes y en la rugiente garganta. Sus ojos de canto rodado bajaron a la altura de los hombres, que vieron sus propias imágenes. Dispararon sus armas contra las pestañas metálicas y los brillantes iris negros.

Como un ídolo de piedra, como el desprendimiento de una montaña, el Tyrannosaurus cayó. Con un trueno, se abrazó a unos árboles, los arrastró en su caída. Torció y quebró el Sendero de Metal. Los hombres retrocedieron alejándose. El cuerpo golpeó el suelo, diez toneladas de carne fría y piedra. Los rifles dispararon. El monstruo azotó el aire con su cola acorazada, retorció sus mandíbulas de serpiente, y ya no se movió. Una fuente de sangre le brotó de la garganta. En alguna parte, adentro, estalló un saco de fluidos. Unas bocanadas nauseabundas empaparon a los cazadores. Los hombres se quedaron mirándolo, rojos y resplandecientes.

El trueno se apagó.

La jungla estaba en silencio. Luego de la tormenta, una gran paz. Luego de la pesadilla, la mañana.

Billings y Kramer se sentaron en el sendero y vomitaron. Travis y Lesperance, de pie, sosteniendo aún los rifles humeantes, juraban continuamente.

En la Máquina del Tiempo, cara abajo, yacía Eckels, estremeciéndose. Había encontrado el camino de vuelta al Sendero y había subido a la Máquina. Travis se acercó, lanzó una ojeada a Eckels, sacó unos trozos de algodón de una caja metálica y volvió junto a los otros, sentados en el Sendero.

-Límpiese.

Limpiaron la sangre de los cascos. El monstruo yacía como una loma de carne sólida. En su interior uno podía oír los suspiros y murmullos a medida que morían las más lejanas de las cámaras, y los órganos dejaban de funcionar, y los líquidos corrían un último instante de un receptáculo a una cavidad, a una glándula, y todo se cerraba para siempre. Era como estar junto a una locomotora estropeada o una excavadora de vapor en el momento en que se abren las válvulas o se las cierra herméticamente. Los huesos crujían. La propia carne, perdido el equilibrio, cayó como peso muerto sobre los delicados antebrazos, quebrándolos.

Otro crujido. Allá arriba, la gigantesca rama de un árbol se rompió y cayó. Golpeó a la bestia muerta como algo final.

-Ahí está- Lesperance miró su reloj-. Justo a tiempo. Ese es el árbol gigantesco que originalmente debía caer y matar al animal.

Miró a los dos cazadores: ¿Quieren la fotografía trofeo?

-¿Qué?

-No podemos llevar un trofeo al futuro. El cuerpo tiene que quedarse aquí donde hubiese muerto originalmente, de modo que los insectos, los pájaros y las bacterias puedan vivir de él, como estaba previsto. Todo debe mantener su equilibrio. Dejamos el cuerpo. Pero podemos llevar una foto con ustedes al lado.

Los dos hombres trataron de pensar, pero al fin sacudieron la cabeza. Caminaron a lo largo del Sendero de metal. Se dejaron caer de modo cansino en los almohadones de la Máquina. Miraron otra vez el monstruo caído, el monte paralizado, donde unos raros pájaros reptiles y unos insectos dorados trabajaban ya en la humeante armadura.

Un sonido en el piso de la Máquina del Tiempo los endureció. Eckels estaba allí, temblando.

-Lo siento -dijo al fin.

-¡Levántese! -gritó Travis.

Eckels se levantó.

-¡Vaya por ese sendero, solo! -agregó Travis, apuntando con el rifle-. Usted no volverá a la

Máquina. ¡Lo dejaremos aquí!

Lesperance tomó a Travis por el brazo. -Espera...

-¡No te metas en esto! -Travis se sacudió apartando la mano-. Este hijo de perra casi nos mata. Pero eso no es bastante. Diablo, no. ¡Sus zapatos! ¡Míralos! Salió del Sendero. ¡Dios mío, estamos arruinados Cristo sabe qué multa nos pondrán. ¡Decenas de miles de dólares! Garantizamos que nadie dejaría el Sendero. Y él lo dejó. ¡Oh, condenado tonto! Tendré que informar al gobierno. Pueden hasta quitarnos la licencia. ¡Dios sabe lo que le ha hecho al tiempo, a la Historia!

-Cálmate. Sólo pisó un poco de barro.

-¿Cómo podemos saberlo? -gritó Travis-. ¡No sabemos nada! ¡Es un condenado misterio! ¡Fuera de aquí, Eckels!

Eckels buscó en su chaqueta.

-Pagaré cualquier cosa. ¡Cien mil dólares!

Travis miró enojado la libreta de cheques de Eckels y escupió.

-Vaya allí. El monstruo está junto al Sendero. Métale los brazos hasta los codos en la boca, y vuelva.

-¡Eso no tiene sentido!

-El monstruo está muerto, cobarde bastardo. ¡Las balas! No podemos dejar aquí las balas. No pertenecen al pasado, pueden cambiar algo. Tome mi cuchillo. ¡Extraígalas!

La jungla estaba viva otra vez, con los viejos temblores y los gritos de los pájaros. Eckels se volvió lentamente a mirar al primitivo vaciadero de basura, la montaña de pesadillas y terror. Luego de un rato, como un sonámbulo, se fue, arrastrando los pies.

Regresó temblando cinco minutos más tarde, con los brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. En cada una había un montón de balas. Luego cayó. Se quedó allí, en el suelo, sin moverse.

-No había por qué obligarlo a eso - dijo Lesperance.

-¿No? Es demasiado pronto para saberlo. -Travis tocó con el pie el cuerpo inmóvil.

-Vivirá. La próxima vez no buscará cazas como ésta. Muy bien. -Le hizo una fatigada seña con el pulgar a Lesperance-. Enciende. Volvamos a casa.

1492. 1776. 1812.

Se limpiaron las caras y manos. Se cambiaron las camisas y pantalones. Eckels se había incorporado y se paseaba sin hablar. Travis lo miró furiosamente durante diez minutos.

-No me mire -gritó Eckels-. No hice nada.

-¿Quién puede decirlo?

-Salí del sendero, eso es todo; traje un poco de barro en los zapatos. ¿Qué quiere que haga? ¿Qué me arrodille y rece?

-Quizá lo necesitemos. Se lo advierto, Eckels. Todavía puedo matarlo. Tengo listo el fusil.

-Soy inocente. ¡No he hecho nada!

1999, 2000, 2055.

La máquina se detuvo.

-Afuera -dijo Travis.

El cuarto estaba como lo habían dejado. Pero no de modo tan preciso. El mismo hombre estaba sentado detrás del mismo escritorio. Pero no exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio.

Travis miró alrededor con rapidez.

-¿Todo bien aquí? -estalló.

-Muy bien. ¡Bienvenidos!

Travis no se sintió tranquilo. Parecía estudiar hasta los átomos del aire, el modo como

entraba la luz del sol por la única ventana alta.

-Muy bien, Eckels, puede salir. No vuelva nunca.

Eckels no se movió.

-¿No me ha oído? -dijo Travis-. ¿Qué mira?

Eckels olía el aire, y había algo en el aire, una sustancia química tan sutil, tan leve, que sólo el débil grito de sus sentidos subliminales le advertía que estaba allí. Los colores blanco, gris, azul, anaranjado, de las paredes, del mobiliario, del cielo más allá de la ventana, eran... eran... Y había una sensación. Se estremeció. Le temblaron las manos. Se quedó oliendo aquel elemento raro con todos los poros del cuerpo. En alguna parte alguien debía de estar tocando uno de esos silbatos que sólo pueden oír los perros. Su cuerpo respondió con un grito silencioso. Más allá de este cuarto, más allá de esta pared, más allá de este hombre que no era exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio..., se extendía todo un mundo de calles y gente. Qué suerte de mundo era ahora, no se podía saber. Podía sentirlos cómo se movían, más allá de los muros, casi, como piezas de ajedrez que arrastraban un viento seco...

Pero había algo más inmediato. El anuncio pintado en la pared de la oficina, el mismo anuncio que había leído aquel mismo día al entrar allí por vez primera.

De algún modo el anuncio había cambiado.

SEFARI EN EL TIEMPO. S. A.

SEFARIS A KUALKUIER AÑO DEL PASADO

USTE NOMBRA EL ANIMAL

NOSOTROS LO LLEBAMOS AYI.

USTE LO MATA.

Eckels sintió que caía en una silla. Tanteó insensatamente el grueso barro de sus botas. Sacó un trozo, temblando.

-No, no puede ser. Algo tan pequeño. No puede ser. ¡No!

Hundida en el barro, brillante, verde, y dorada, y negra, había una mariposa, muy hermosa y muy muerta.

-¡No algo tan pequeño! ¡No una mariposa! -gritó Eckels.

Cayó al suelo una cosa exquisita, una cosa pequeña que podía destruir todos los equilibrios, derribando primero la línea de un pequeño dominó, y luego de un gran dominó, y luego de un gigantesco dominó, a lo largo de los años, a través del tiempo. La mente de Eckels giró sobre sí misma. La mariposa no podía cambiar las cosas. Matar una mariposa no podía ser tan importante. ¿Podía?

Tenía el rostro helado. Preguntó, temblándole la boca:

- ¿Quién... quién ganó la elección presidencial ayer?

El hombre detrás del mostrador se rió.

-¿Se burla de mí? Lo sabe muy bien. ¡Deutscher, por supuesto! No ese condenado debilucho de Keith. Tenemos un hombre fuerte ahora, un hombre de agallas. ¡Sí, señor! -El oficial calló-. ¿Qué pasa?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Recogió la mariposa dorada con dedos temblorosos.

-¿No podríamos -se preguntó a sí mismo, le preguntó al mundo, a los oficiales, a la Máquina,- no podríamos llevarla allá, no podríamos hacerla vivir otra vez? ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos...?

No se movió. Con los ojos cerrados, esperó estremeciéndose. Oyó que Travis gritaba; oyó que Travis preparaba el rifle, alzaba el seguro, y apuntaba.

El ruido de un trueno.

DESERCIÓN

Clifford D. Simak

Cuatro hombres, de dos en dos, se habían internado en la aullante vorágine de Júpiter, y no habían regresado. Habían salido al viento huracanado, o mejor dicho, habían galopado hacia él, con los vientres pegados al suelo, los flancos relucientes bajo la lluvia.

Porque no habían ido en forma humana. Ahora el quinto hombre estaba de pie frente al escritorio de Kent Fowler, comandante de la Cúpula N° 3 de la Comisión de Reconocimiento Joviano. Debajo del escritorio de Fowler, el viejo Towser se rascó una pulga, y volvió a acomodarse para dormir. Harold Allen, advirtió Fowler con una repentina punzada de dolor, era joven... demasiado joven. Tenía la segura confianza de la juventud, el rostro de quien no ha conocido aún el miedo. Y eso era raro. Porque los hombres de las cúpulas de Júpiter sí conocían el miedo, el miedo y la humildad. Al hombre le resultaba muy difícil conciliar su diminuta naturaleza con las poderosas fuerzas del monstruoso planeta.

- Quiero que comprenda - dijo Fowler - que no está obligado a hacer esto. Quiero que comprenda que no está obligado a salir.

Era un simple formulismo, por supuesto. Les había dicho lo mismo a los otros cuatro, pero habían salido igualmente. Fowler sabía que el quinto hombre también lo haría. Pero de repente sintió que dentro de él se agitaba una débil esperanza de que Allen no aceptara.

- ¿Cuándo debo partir? - preguntó Allen.

En otra época, Fowler hubiera sentido un sereno orgullo ante una respuesta como ésa, pero no ahora. Frunció ligeramente el ceño.

- Dentro de una hora - contestó.

Allen permaneció de pie frente a él, tranquilo, esperando.

- Otros cuatro hombres han salido y no han regresado - dijo Fowler -. Usted ya lo sabe, por supuesto. Queremos que usted regrese. No queremos que emprenda ninguna heroica expedición de rescate. El objetivo principal, el único objetivo, es que usted regrese, que

pruebe que el hombre puede vivir bajo una forma Joviana.

Vaya solamente hasta el primer mojón de reconocimiento, no más allá, y luego regrese. No corra ningún riesgo. No investigue nada. Simplemente, regrese.

Allen asintió.

- Lo comprendo perfectamente.

- La señorita Stanley manejará el conversor - prosiguió Fowler -. No tiene nada que temer en ese aspecto. Los otros cuatro hombres fueron convertidos sin contratiempos. Salieron del conversor en perfectas condiciones, al menos aparentemente. Estará usted en manos absolutamente competentes. La señorita

Stanley es el operador de conversores mejor calificado del Sistema Solar. Ha tenido experiencias en la mayoría de los otros planetas. Por eso está aquí.

Allen sonrió a la señorita y Fowler vio una expresión que cruzaba fugazmente por el rostro de la mujer, expresión que podía ser lástima, rabia, o pura y simplemente miedo. Pero solo había durado un momento y ahora ella le devolvía la sonrisa al joven que estaba de pie frente al escritorio. Sonreía de un modo formal, como una maestra de escuela, casi como si se odiara por hacerlo.

- Esperaré con ansias mi conversión - dijo Allen.

Y el modo como lo dijo hizo que todo pareciera una broma, una enorme e irónica broma.

Pero no lo era.

Era un asunto serio, mortalmente serio. Fowler sabía que de estas pruebas dependía el destino del hombre en Júpiter. Si las pruebas tenían éxito, el hombre tendría acceso a los recursos del gigantesco planeta. El hombre se apoderaría entonces de Júpiter, como se había apoderado ya de los planetas más pequeños.

Pero si fracasaban...

Si fracasaban, el Hombre seguiría encadenado e imposibilitado por la terrible presión, la titánica fuerza de gravedad y los extraños procesos químicos del planeta. Seguiría confinado en las cúpulas, incapaz de poner los pies en el exterior, incapaz de verlo con el

ojo desnudo, obligado a confiar en los torpes tractores y en los televisores, obligado a trabajar con torpes maquinarias y herramientas o con torpes robots tan torpes como ellos.

Porque el Hombre, desprotegido y en su forma original, hubiera sido aplastado instantáneamente por la terrorífica presión atmosférica de Júpiter, de 1200 kilogramos por centímetros cuadrado, presión que hacía que la del fondo del mar pareciera, por comparación, el interior de una campana de vacío.

Ni siquiera la más resistente aleación metálica que el Hombre podía elaborar tenía posibilidades de sobrevivir bajo semejantes presiones y las lluvias alcalinas, que arrasaban permanentemente la superficie del planeta. El metal se hacía quebradizo y escamoso, desmoronándose como arcilla o desintegrándose en pequeños arroyuelos o fangosos charcos de sales amoniacales. Sólo incrementando la fuerza y resistencia de ese metal, aumentando su tensión molecular, podía lograrse que soportara el peso de las miles de millas cúbicas de turbulentos y asfixiantes gases que componían la atmósfera. Y una vez logrado esto, había que revestir todo con una capa de cuarzo puro, para impermeabilizarlo de las lluvias, el amoníaco líquido que caía como una amarga lluvia.

Fowler se detuvo a escuchar los motores del subsuelo de la cúpula, motores que funcionaban sin pausa, sumiéndola en un zumbido incesante. Tenían que funcionar y seguir funcionando, pues si se detenían, la energía que fluía hacia las paredes metálicas de la cúpula se interrumpiría, la tensión molecular disminuiría, y ése sería el final de todo.

Towser se irguió debajo del escritorio de Fowler y comenzó a rascarse otra pulga, mientras una de sus patas golpeaba rítmicamente contra el suelo.

- ¿Algo más? - preguntó Allen.

Fowler sacudió negativamente la cabeza.

- Tal vez haya algo que usted desee hacer - dijo -. Tal vez...

Había estado a punto de decir "usted quiera escribir una carta", pero se había contenido a tiempo.

Allen miró su reloj.

- Estaré allí a tiempo - dijo, y giró rápidamente en dirección a la puerta.

Fowler sabía que la señorita Stanley lo estaba observando, y no sentía ningún deseo de volverse y enfrentar su mirada. Revolvió desmañadamente los papeles de su escritorio.

- ¿Hasta cuándo va a seguir adelante con esto? - le preguntó la señorita Stanley, articulando cada palabra con despectiva brusquedad.

Entonces, él se volvió en su silla y se enfrentó a ella. Los labios de la mujer estaban apretados hasta formar una delgada línea recta, su cabello estaba recogido más tirante que nunca, dando a su rostro una extraña y casi alarmante apariencia de mascarilla mortuoria.

Fowler trató que su voz sonara fría y controlada.

- Tanto tiempo como sea necesario - dijo -. Mientras haya alguna esperanza.

- Seguirá sentenciándolos a muerte - dijo ella -. Seguirá enviándolos allá afuera, a enfrentarse con Júpiter. Va a seguir acá sentado, seguro y cómodo, mientras los manda a morir allá afuera.

- No hay lugar para sentimentalismos, señorita Stanley - dijo Fowler, tratando de ocultar el tono furioso de su voz -. Usted sabe tan bien como yo por qué hacemos esto. Usted sabe que el hombre, en su forma original, no puede enfrentarse a

Júpiter. La única posibilidad es convertir al hombre en la clase de ser que sí puede hacerlo. Ya lo hemos hecho en otros planetas.

«Si unos pocos hombres mueren, pero tenemos éxito, el precio es pequeño. En todas las épocas los hombres han desperdiciado su vida en cosas estúpidas, por razones estúpidas. ¿Por qué deberíamos vacilar, entonces, ante una pequeña muerte, en algo tan grandioso como esto?»

La señorita Stanley estaba sentada tensa y erguida, con las manos plegadas sobre la falda y la luz le caía sobre su cabello cano, mientras Fowler la contemplaba tratando de imaginar lo que estaría sintiendo, lo que estaría pensando. No era exactamente que le temiera, pero no se sentía cómodo cuando ella estaba cerca. Esos agudos ojos azules veían demasiado, sus manos parecían competentes en demasía. Debería haber sido la tía de alguien, sentada en su

reclamando atención. Poco tiempo después, la nave venusina se liberó de su órbita y se dirigió rumbo a la Tierra, hacia una cordillera montañosa que todavía se erguía orgullosamente por encima del hielo, un montículo de rocas grises que los años casi no habían tocado.

El gran disco del sol ardía ferozmente en un cielo libre del velo de la bruma, pues las nubes que antaño escondían a Venus se habían retirado completamente. Cualquiera que hubiese sido la fuerza que causó el cambio en la radiación solar había condenado a una civilización pero dio origen a otra. Menos de cinco mil años antes, el pueblo semisalvaje de Venus había visto el sol y las estrellas por primera vez. Así como la ciencia de la Tierra había comenzado con la astronomía, lo mismo había ocurrido con la de Venus, y en el cálido y rico mundo que el hombre nunca vio, el progreso fue increíblemente rápido.

Quizá los habitantes de Venus habían sido afortunados. Ellos nunca conocieron la Edad del oscurantismo que encadenó al hombre durante mil años. Igualmente se perdieron el gran rodeo por la química y la mecánica, y llegaron de inmediato a las leyes más fundamentales de la física de la radiación.

En el periodo de tiempo que le llevó al hombre evolucionar de las primitivas pirámides a las naves espaciales de propulsión a chorro, los venusinos habían pasado del descubrimiento de la agricultura a la antigravedad misma: el secreto esencial que en la Tierra el hombre nunca logró.

El tibio océano que aún albergaba la mayoría de la vida del joven planeta deslizó sus olas lánguidamente por la arenosa orilla. Tan nuevo era este continente que las arenas eran gruesas y ásperas.

Todavía no había pasado suficiente tiempo para que el mar las suavizara.

Los científicos estaban metidos a medias en el agua; sus hermosos cuerpos de reptil brillaban bajo la luz del sol. Las mejores mentes de Venus que se habían reunido en esta orilla venían de todas las islas del planeta. No sabían qué escucharían, excepto que estaba relacionado con el Tercer Planeta y la misteriosa raza que lo había poblado antes de la llegada del hielo.

El Historiador estaba parado sobre la tierra, pues los instrumentos que deseaba usar no

tenían ningún aprecio por el agua. A su lado se encontraba una gran máquina que atrajo muchas miradas ansiosas de sus colegas. Se vinculaba claramente con la óptica, pues un sistema de lentes proyectaba sobre una pantalla de material blanco a unos doce metros de distancia.

El Historiador comenzó a hablar. Recapituló brevemente lo poco que habían descubierto en relación con el Tercer Planeta y su gente.

Mencionó los siglos de investigaciones infructuosas que no habían logrado interpretar una sola palabra de los escritos de la Tierra. El planeta estaba habitado por una raza de gran habilidad técnica. Por lo menos eso se había comprobado gracias a las pocas piezas de maquinaria que se habían encontrado en el montículo de la montaña.

- No sabemos por qué se extinguió una civilización tan avanzada -observó-. Es casi seguro que tuviera el suficiente conocimiento para sobrevivir a una Edad de Hielo. Debió de haber otro factor del cual no sabemos nada. Posiblemente, una enfermedad o una degeneración racial fue la causante. Se ha sugerido que los conflictos endémicos a nuestra propia especie en los tiempos prehistóricos continuaran en el Tercer Planeta después del advenimiento de la tecnología.

»Algunos filósofos sostienen que el conocimiento de las máquinas no implica necesariamente un grado de civilización, y es teóricamente posible tener guerras en una sociedad que posee poder mecánico, vuelo e incluso radio. Tal concepción es ajena a nuestro pensamiento, pero debemos admitir la posibilidad. Con seguridad estaría relacionada con el ocaso de la raza perdida.

»Siempre se ha asumido que nunca sabremos nada acerca de la forma física de aquellas criaturas que vivieron en el Planeta Tres. Durante siglos, nuestros artistas han representado escenas de la historia del mundo muerto, poblándolo con toda suerte de seres fantásticos. La mayoría de estas creaciones se asemejan a nosotros más o menos claramente, a pesar de que con frecuencia se ha señalado que no porque nosotros seamos reptiles, toda la vida inteligente debe ser necesariamente de nuestra especie.

«Ahora conocemos la respuesta a uno de los más desconcertantes problemas de la historia. Al fin, tras cientos de años de investigación, hemos descubierto la forma y naturaleza

exactas de la vida que rigió el Tercer Planeta.

»Hubo un murmullo de asombro de los científicos allí reunidos. Algunos fueron sorprendidos de tal manera que desaparecieron por un momento bajo la comodidad del océano; algo que absolutamente todos los venusinos se inclinaban a hacer en momentos de tensión. El Historiador esperó hasta que sus colegas emergieron del elemento que tanto les disgustaba. Él, sin embargo, se encontraba bastante cómodo, gracias a las pequeñas duchas que continuamente rociaban su cuerpo. Con su ayuda, podía vivir sobre la tierra durante bastantes horas, antes de tener que volver de regreso al océano.

La emoción disminuyó gradualmente, y el conferencista continuó:

- Uno de los más enigmáticos objetos encontrados en el Planeta Tres fue un recipiente plano de metal que contenía una gran extensión de un material plástico transparente, perforado en las orillas y enrollado firmemente a una bobina. Al principio, esta cinta transparente no parecía tener ningún rasgo característico, pero un examen con el nuevo microscopio subelectrónico ha demostrado que éste no es el caso. A lo largo de la superficie del material, invisible a nuestros ojos pero perfectamente claro bajo la radiación correcta, hay, literalmente, miles de pequeñas pinturas. Se cree que fueron impresas sobre el material por algún medio químico, y se han difuminado con el paso del tiempo.

»Aparentemente, estos cuadros componen un registro de la vida del Tercer Planeta en la cumbre de su civilización. No son independientes. Las pinturas consecutivas son casi idénticas, y difieren únicamente en el pequeño detalle del movimiento. Sólo es necesario proyectar las escenas en una rápida sucesión para provocar una ilusión de movimiento continuo. Hemos fabricado una máquina para hacer esto, y tengo aquí una reproducción exacta de la secuencia de cuadros.

»Las escenas de las que ahora serán testigos nos llevan muchos miles de años atrás, hacia los días grandiosos de nuestro hermano planeta. Muestran una civilización compleja, muchas de cuyas actividades sólo podemos comprender vagamente. La vida parece haber sido violenta y energética, y mucho lo que verán es un tanto misterioso.

»Es claro que el Tercer Planeta estaba habitado por varias especies, ninguna de ellas de los reptiles.

Eso es un mazazo a nuestro orgullo, pero la conclusión es ineludible. El tipo de vida dominante parece haber sido un bípedo de dos brazos. Caminaba erguido y cubría su cuerpo con algún material flexible, probablemente para protegerse del frío, pues incluso antes de la Edad de Hielo ese planeta estaba a una temperatura mucho más baja que el nuestro. Pero no abusaré de su paciencia durante más tiempo. Ahora verán el registro del cual he estado hablando.

»El proyector despidió una brillante luz. Hubo un suave zumbido, y sobre la pantalla aparecieron cientos de seres extraños moviéndose bruscamente hacia adelante y hacia atrás. La pintura se extendía para abrazar a una de las criaturas, y los científicos pudieron ver que la descripción del Historiador había sido correcta.

La criatura tenía dos ojos, colocados muy cerca el uno del otro, pero el resto de los adornos faciales eran un tanto oscuros. Había un gran orificio en la porción baja de la cabeza, que se abría y cerraba continuamente. Quizá tenía algo que ver con respiración.

Los científicos miraban hechizados cómo el extraño ser se veía involucrado en una serie de aventuras fantásticas. Tenía un conflicto de increíble violencia con otra criatura ligeramente diferente. Daba la sensación de que ambos debían morir, pero cuando todo terminó ninguno parecía herido.

Entonces vino una furiosa carrera por kilómetros de tierra en un artefacto mecánico con cuatro ruedas, que era capaz de extraordinarias hazañas de locomoción. El recorrido terminó en una ciudad atestada de vehículos moviéndose en todas direcciones a velocidades pasmosas. Nadie parecía sorprendido de ver a dos de las máquinas chocar de frente con resultados devastadores.

Después de eso, los eventos se tornaron aún más complicados. Ahora era ya bastante obvio que costaría muchos años de investigación analizar y comprender todo lo que estaba ocurriendo. Quedaba también muy claro que el registro era una obra de arte, algo estilizada, más que una reproducción, exacta de la vida tal como había sido en el Tercer Planeta.

La mayoría de los científicos se sentían completamente aturdidos cuando la secuencia de cuadros terminó. Hubo una ráfaga final de movimiento, en la cual la criatura que había sido el centro de interés se veía envuelta en una tremenda pero incomprensible catástrofe. La

pintura se contraía en un círculo, centrado en la cabeza de la criatura.

La última escena era una imagen amplificada de su cara, que evidentemente expresaba alguna poderosa emoción. Pero no se podía adivinar si era furia, dolor, desafío, resignación o algún otro sentimiento. El cuadro se desvaneció. Por un momento aparecieron algunas letras sobre la pantalla, y luego había terminado.

Hubo completo silencio durante varios minutos, excepto por el suave chapoteo de las olas sobre la arena. Los científicos estaban demasiado apabullados hablar. La fugaz vista de la civilización terrestre había tenido un efecto aniquilador en sus mentes. Luego comenzaron a hablar entre ellos unos pequeños grupos, primero en murmullos y luego más y más fuertemente conforme las implicaciones de lo que habían visto se esclarecían. Poco después, el Historiador solicitó atención y se dirigió de nuevo a los allí reunidos.

- Estamos planeando -dijo- un amplio programa de investigación para extraer todo el conocimiento disponible en este registro. Se están elaborando miles de copias para su posterior distribución a todos los trabajadores. Aprenderán ustedes los problemas a los cuales nos estamos enfrentando. Los psicólogos en particular tienen una inmensa tarea por delante.

»Pero no dudo que tendremos éxito. En una generación más, ¿quién podrá decir que no habremos comprendido a esta fantástica raza? Pero antes de irnos, veamos de nuevo a nuestros primos lejanos, cuya sabiduría pudo haber superado a la nuestra, pero de la cual ha sobrevivido tan poco.

»Una vez más, el cuadro final fulguró sobre pantalla, esta vez inmóvil, pues el proyector había sido detenido. Con algo semejante al espanto, los científicos pusieron su atención en la imagen fija del pasado, mientras que a su vez el bípedo los contemplaba con su característica expresión de mal carácter.

Por el resto del tiempo simbolizaría a la raza humana. Los psicólogos de Venus analizarían sus acciones y contemplarían cada uno de sus movimientos hasta que pudieran reconstruir su mente. Se escribirían miles de libros sobre él. Intrincados filósofos se las ingeniaban para explicar su conducta.

Sin embargo, toda esta labor, todas estas investigaciones serían completamente inútiles.

Quizá la orgullosa y solitaria figura de la pantalla les sonreía sardónicamente a los científicos que comenzaban su eterna y estéril búsqueda.

Su secreto estaría seguro mientras el universo existiera, pues ahora nadie podría leer el perdido lenguaje de la Tierra. Esas pocas palabras resplandecerían sobre la pantalla millones de veces en las épocas por venir, y nadie lograría adivinar nunca su significado:

Una producción de Walt Disney.

RECUERDO PERDIDO

Isaac Asimov

Transcurridos miles de siglos recordó que era Ames. No esa fusión de longitudes de onda que por toda la galaxia era ahora el equivalente de Armes, sino el sonido que correspondía a la pronunciación de su nombre. Nació así una pálida evocación de las ondas sonoras que ahora no percibía, y que no percibiría nunca más.

El nuevo proyecto aguzaba su memoria, resucitando tantas y tantas cosas extraviadas en la noche de los tiempos. Condensó las cargas de energía que constituían el conjunto de su individualidad, y sus líneas de fuerza se extendieron más allá de las estrellas.

La respuesta de Brock llegó hasta él.

Podía confiar en Brock, pensó Ames. Estaba seguro.

El flujo energético de Brock entró en contacto con el suyo.

- ¿No vas a venir, Ames? Estaba seguro.

- Claro que sí

- ¿Participaras en el concurso?

- Sí

– Las líneas de fuerza de Ames se agitaron con intensas pulsaciones-. Sin duda. He soñado una nueva forma artística. Algo original. -

-¡Cuanto esfuerzo derrochado en vano! ¿Cómo puedes creer que exista una nueva variante, después de dos mil siglos? No podemos descubrir nada nuevo.

Por un instante Brock se desfasó, interrumpiendo el contacto, y Ames se vio obligado a reajustar sus líneas de fuerza. Captó entonces extraños pensamientos a la deriva, le llegó una visión de galaxias polvorientas sobre el telón aterciopelado de la nada, percibió las líneas de fuerza de torrentes insondables de energía vida, errantes por toda la galaxia.

-Absorbe mis pensamientos, por favor Brock –pidió Ames-. No bloques tu mente. Se me

ocurrió como manipular la materia. ¡Imagínate! Una sinfonía de materia. ¿Por qué no llenarse de energía? No hay nada nuevo en la energía, y lo sabes.

¿No prueba eso que debemos experimentar con la materia?

-¿La materia?

Ames registro las vibraciones energéticas de Brock y las interpreto como manifestaciones despectivas.

-¿Por qué no? – Dijo - ¿Acaso no fuimos antes materia? De eso hace un quintillón de años, por lo menos. ¿Por qué no construir objetos o incluso formas abstractas partiendo de la materia? Escucha Brock, ¿Por qué no moldear una réplica de nosotros mismos en materia, en nuestra forma original?

-No recuerdo nuestro aspecto –replico Brock-. Ya todos lo olvidaron.

-Yo si – dijo Ames con vehemencia-. No pienso en otra cosa, y comienzo a recordar. Brock, déjame mostrarte. Dime que tengo razón. Dímelo.

No. Es estúpido. Me repugna.

Déjame intentarlo, Brock. Hemos sido amigos. Hemos reunido nuestra energía desde el principio, desde el momento en que nos convertimos en lo que somos. ¡Brock, te lo suplico... por favor!

Entonces, hazlo rápido.

Ames no había sentido correr un temblor igual, a lo largo de sus líneas de fuerza, desde ¿cuánto tiempo? Si lo intentaba ahora ante Brock y tenía éxito, se atrevería a manipular la materia delante de la asamblea de seres energéticos que esperaban en vano el nacimiento de una novedad desde hacía varios milenios.

La materia se hallaba ahora muy dispersa, en los intersticios de las galaxias, pero Ames la concentro, barrio volúmenes que sumaban años-luz elevados al cubo, selecciono los átomos, obtuvo una consistencia gelatinosa y obligo a la materia a disponerse en forma ovoidal, alargada en su parte inferior.

¿No recuerdas, Brock, si era como esto?

El haz energético de Brock se conmovió con una sacudida en fase.

No recuerdo nada.

-Eso era la cabeza. Así la llamaban: cabeza. La recuerdo tan bien que podría pronunciar el nombre. Quiero decir, emitir sus sonidos-. Espero un momento, y dijo: -Mira, ¿recuerdas esto?

En la parte superior del ovoide apareció la palabra CABEZA.

-¿Qué es? –pregunto Brock.

-Es el término que designa la cabeza. Los símbolos que representaban esa palabra en su traducción sonora. ¡Dime lo que puedes recordar ahora, Brock!

-Había algo –Brock vacilo-. Algo en la mitad. Y tomo forma un cuerpo vertical.

-¡Si, claro! ¡La nariz, eso es! –dijo Ames, y apareció la palabra NARIZ en el lugar indicado-. Y aquí están los ojos, a ambos lados.

¿En realidad deseaba lo que estaba haciendo?

-La boca –dijo, sus líneas de fuerza temblaban-. Y el mentón, y la manzana de Adán, y las clavículas. ¡Voy recordando los nombres!

-No había pensado en esto en varios miles de siglos. ¿Por qué lo trajiste a mi memoria? ¿Por qué?

Ames estaba absorto en sus pensamientos. Había otras cosas, el órgano del oído y sus receptores de ondas sonoras. ¡Las orejas! ¿Dónde hay que ponerlas? No recuerdo nada.

-Olvídalo todo. Las orejas y todo lo demás. ¡No lo recuerdes! –Le grito Brock.

-¿Qué hay de malo en recordar? –pregunto Ames, herido.

-Que la superficie no era áspera ni fría como tu escultura, sino dulce y tibia. Que los ojos eran tiernos y vivos, y los labios de la boca trémulos y acariciantes se posaban sobre los míos.

Las líneas de fuerza de Brock palpitaban y se apagaban intermitentemente...

-¡Me duele tanto!

-Me recordaste que antes fui mujer, y que conocí el amor. Que los ojos no solo sirven para ver, y que ahora no tengo con que llenar ese vacío.

Ella entonces añadió materia violentamente a la cabeza elaborada en forma burda, y gimió:

-Pues bien, que esto la termine –giro y se fue.

Y Ames comprendió que antes fue hombre. La fuerza de su energía partió en dos la cabeza. Salió velozmente por las galaxias, siguiendo el rastro energético de Brock, para volver al inexorable destino de la vida.

Los ojos de la cabeza resquebrajada seguían brillando con la humedad que deposito Brock, cuando quiso representar las lágrimas. Y la cabeza de materia logro lo que los seres energéticos no podrían conseguir en toda su existencia: lloro por la humanidad entera y por la frágil belleza de los cuerpos a los que un día los hombres renunciaron, miles de siglos atrás.

DE CÓMO ERGIO EL AUTOINDUCTIVO MATÓ A UN CARAPÁLIDA

Stanislaw Lem

El poderoso rey Boludar era amante de las curiosidades y se dedicaba por completo a coleccionarlas, por lo que con frecuencia olvidaba importantes asuntos de Estado. Tenía una colección de relojes bailarines, relojes de amanecer y relojes nube. Poseía monstruos disecados provenientes de cada rincón del universo, y, en un cuarto especial, bajo una campana de cristal, guardaba la más rara de las criaturas: el bomos antropos, increíblemente pálido, bípedo, que incluso tenía ojos, aunque vacíos. El rey ordenó que se incrustaran dos hermosos rubíes en ellos, dándole al bomos una mirada roja. Siempre que Boludar se ponía un poco ebrio invitaba a sus comensales favoritos a esta habitación y les enseñaba el horrible cuerpo.

Un día llegó a la corte del rey un electrosabio tan viejo que los cristales de su mente se habían desordenado un poco con la edad. Sin embargo, este electrosabio, llamado Halazon, poseía la sabiduría de toda una galaxia. Se decía que sabía la forma de enristrar fotones, produciendo así collares de luz; e incluso sabía cómo capturar un antropos vivo. Conociendo la debilidad del viejo, el rey ordenó que sus bodegas de vino fueran abiertas de inmediato; después de tomar unos tragos de más de la jarra de Leyden, y cuando los agradables flujos corrían por sus extremidades, el electrosabio reveló al rey un terrible secreto y le prometió conseguirle un antropos, gobernante de cierta tribu interestelar. El precio que puso era alto -el peso del antropos en diamantes del tamaño de un puño-, pero el rey ni siquiera parpadeó.

Entonces Halazon partió a su viaje. Mientras tanto, el rey comenzó a presumir ante el consejo real de su esperada adquisición, que de cualquier forma no podía esconder; para entonces ya había ordenado la construcción de una jaula en el parque del castillo, donde crecían unos cristales magníficos ante una jaula de gruesos barrotes de hierro. La corte se hundió en una gran consternación. Viendo que el rey no cedería, los consejeros mandaron

llamar al castillo a dos eruditos homologistas, a quienes el rey recibió calurosamente, pues sentía curiosidad por cuanto pudieran decirle los sabios, Salan-úd y Thaladon, sobre el pálido ser que aún no conocía.

-¿Es cierto- preguntó tan pronto ellos se hubieron levantado de rendirle homenaje- que el homos es más suave que la cera?

-Lo es, Su Luminiscencia -respondieron.

-¿Y es también cierto que la abertura que tiene en la parte inferior de su cara puede producir un gran número de sonidos?

-Sí, Su Real Alteza, y, además, en esta misma abertura el bomos mete diversos objetos, después mueve la porción baja de la cabeza --que está sujeta con unas bisagras a la parte superior-, con lo cual despedaza los objetos y los arrastra a su interior.

-Peculiar costumbre, de la cual ya he escuchado antes --dijo el rey-. Pero, díganme, mis sabios, ¿con qué propósito lo hace?

-Existen cuatro teorías sobre ese tema en particular, Su Real Alteza -replicaron los homologistas-. La primera de ellas es que lo hace para librarse del exceso de veneno, pues es extremadamente ponzoñoso. La segunda es que realiza este acto con cierto afán de destrucción, al cual coloca por encima de todos los demás placeres. La tercera, por codicia, pues consumiría todo si pudiera, y la cuarta, por...

-¡Bien, bien! -dijo el rey-. ¿Es cierto que la cosa está hecha de agua y que, sin embargo, no es transparente, como mi títere?

-¡También eso es cierto! Tiene dentro de sí, Su Majestad, una gran cantidad de delgados tubos, por los cuales circula el agua; algunos son amarillos, otros son gris perla, pero la gran mayoría son rojos... los rojos llevan un veneno espantoso, llamado flogisto u oxígeno, cuyo gas convierte todo aquello que toca en óxido o en fuego. Así, el bomos mismo cambia de color: perlado, amarillo y rosa. No obstante, Su Alteza Real, le rogamos humildemente que abandone su idea de traer aquí a un bomos vivo, pues es una criatura poderosa y malévola como no hay otra...

-Deben explicarme esto más ampliamente -dijo el rey, como si estuviera a punto de acceder a los deseos de los sabios. Sin embargo, en realidad únicamente deseaba satisfacer su enorme curiosidad.

-Los seres a los que pertenece el homos se llaman miasmáticos, Majestad. A éstos pertenecen los silíceos y los proteidos; los primeros son de consistencia más espesa, por lo que podemos llamarlos gelatinoides o jaleidos. Los otros, que son más raros, tienen distintos nombres según diferentes autores; por ejemplo: gomíferos o mucilaginosos, según Pollomender; pastas de lomo pantanoso o cabezas de ciénaga, según Tricéfalos de Arboran; y, finalmente, Analcymander el Broncíneo los bautizó como mechones de ojos cenagosos...

-Entonces, ¿es cierto que incluso sus ojos están llenos de espumarajos? -preguntó ansiosamente el rey Boludar.

-Es cierto, Alteza. Estas criaturas, en apariencia tan débiles y frágiles que sólo se necesita una caída de veinte metros para convertirlos en un líquido rojo, por su astucia natural representan un peligro mayor que todos los torbellinos y arrecifes del Gran Asteroide del Dogal juntos. Así que le rogamos, Majestad, por el bien del reino...

-Sí, sí, está bien -interrumpió el rey-. Ya se pueden ir, estimados amigos; nosotros tomaremos la decisión con la adecuada deliberación.

Los sabios homologistas hicieron una profunda reverencia y partieron con la mente intranquila, temiendo que el rey Boludar no hubiese abandonado su peligroso plan.

Con el tiempo, un buque estelar llegó en la noche y trajo enormes embalajes, que fueron de inmediato conducidos al jardín real. Poco después, las puertas de oro fueron abiertas a todos los súbditos reales; allí, entre las arboledas de diamantes, los balcones de jaspe tallado y los prodigios de mármol, vieron una jaula de hierro, y en ella una cosa pálida y flácida, sentada sobre un barrilito ante un plato lleno de una sustancia extraña. Es cierto que la sustancia olía a aceite, pero a aceite quemado sobre una llama y, por tanto, arruinado y totalmente inservible.

No obstante, aquella criatura hundía calmosamente una especie de pala en el plato y,

levantando la aceitosa materia, la depositaba en su abertura facial.

Los espectadores se quedaron sin habla por el horror cuando leyeron el letrero de la jaula, el cual decía que tenían ante ellos a un bomos antropos, un carapálida vivo. La plebe comenzó a provocarlo, pero entonces el homos se levantó, recogió algo del interior del barril en el que estaba sentado, y roció a la boquiabierta multitud con un agua letal. Algunos huyeron y otros esgrimieron piedras para golpear a la abominación, pero los guardias los dispersaron de inmediato.

Los eventos llegaron a oídos de la hija del rey, Electrina. Parecería que había heredado la curiosidad de su padre, pues no le dio miedo acercarse a la jaula en la que el monstruo pasaba su tiempo rascándose o absorbiendo agua con aceite rancio suficiente para matar a cien súbditos reales en el acto.

El homos rápidamente aprendió el lenguaje inteligente, y era lo bastante intrépido como para trabar conversación con Electrina.

Una vez, la princesa le preguntó qué era esa sustancia blanca que brillaba en sus fauces.

-A éstos les llamo dientes --dijo.

-¡Ay! ¡Regálame uno! -pidió la princesa.

-¿Y qué me darás tú a cambio? -preguntó entonces él.

-Te daré mi llavecita de oro, pero sólo por un momento.

-¿Y qué tipo de llave es ésta?

- Es mi llave personal; la uso cada noche para dar cuerda a mi mente. Seguramente tú también tienes una.

-Mi llave es diferente a la tuya -respondió evasivamente-. ¿Y dónde la guardas?

-La guardo aquí, en el pecho, debajo de esta tapa dorada.

-Dámela...

-¿Y tú me darás un diente?

-Claro...

La princesa giró un tornillito dorado, abrió la tapa, sacó una pequeña llave de oro y la pasó por entre los barrotes. El carapálida la tomó ávidamente, cloqueando de júbilo, y se apartó al centro de la jaula. La princesita le imploró y rogó que le devolviera la llave, pero fue inútil.

Asustada de que alguien pudiera darse cuenta de lo que había hecho, Electrina regresó a sus habitaciones de palacio con el corazón oprimido. Quizá actuó tontamente, pero sólo era una niña. Al día siguiente sus sirvientes la encontraron sin sentido en su cama de cristal. El rey y la reina llegaron corriendo, con toda la corte detrás de ellos. Yacía como dormida; pero, sin embargo, era totalmente imposible despertarla. El rey hizo traer a los médicos electricistas de la corte, sus doctores, técnicos y mecanicistas, y éstos, cuando procedieron a examinar a la princesa, descubrieron que su tapa estaba abierta. ¡No había tornillito ni llavecita! Rápidamente se dio la alarma en palacio, reinó el pandemónium, todos corrían de aquí para allá buscando la llavecita, pero sin resultado. A la mañana siguiente, el rey, sumido en la desesperación, fue informado de que su carapálida deseaba hablar con él sobre el asunto de la llave extraviada. El rey mismo fue al parque sin demora, y el monstruo le comunicó que él sabía dónde había perdido su llave -la princesa, pero que sólo lo revelaría cuando el rey le hubiera dado su palabra de que le devolvería su libertad, y, más aún, que le proporcionaría un bajel espacial para que pudiera volver con los de su especie. El rey rehusó obstinadamente; ordenó que buscaran en el parque de extremo a extremo, pero al final accedió a estos términos. Así, se alistó una nave espacial y los guardias escoltaron al carapálida desde su jaula. El rey esperaba

a un lado de la nave. No obstante, el antropos prometió decirle dónde estaba la llave tan pronto estuviera a bordo de la nave, y no antes.

Pero una vez a bordo, sacó su cabeza por un respiradero, y, enarbolando la brillante llave, gritó:

¡Aquí está tu llave! ¡Me la llevo conmigo, rey, para que tu hija nunca jamás despierte, porque tengo sed de venganza, pues tú me humillaste al tenerme en una jaula de hierro para

que fuera el hazmerreír de todos!

El fuego salió disparado de debajo de la popa de la nave espacial, y el bajel se elevó en dirección al cielo ante los enmudecidos espectadores. El rey envió a sus rasganubes y cohetes-huracán en su persecución, pero todas sus tripulaciones hubieron de regresar con las manos vacías, pues el artero carapálida había cubierto sus huellas y se les había escurrido.

El rey Boludar comprendió ahora cuán equivocado estuvo al no hacer caso de los sabios hornologistas, pero el daño ya estaba hecho. Los principales cerrajeros eléctricos trabajaron para moldear un duplicado de la llave; el Gran Ensamblador del Trono, los artesanos reales, los armadores y los artefactótums, los más altos artífices del acero y los maestros forjadores de oro, cibercondes y dinamargraves: todos vinieron a probar sus habilidades, pero en vano. El rey se dio cuenta que debía recuperar la llave robada por el carapálida; de no ser así, la oscuridad reinaría para siempre en la razón y los sentidos de la princesa.

El rey proclamó entonces por todo el reino que esto y aquello y lo de más allá había ocurrido, que el antrópico bomos carapálida se había fugado con la llave de oro, y que quienquiera que lo capturase, e incluso si sólo devolvía la joya dadora de vida y despertaba a la princesa, tendría su mano y ascendería al trono.

De inmediato aparecieron por manadas infinidad de aventureros de diversos estilos y tallas. Entre éstos se podían encontrar electrocaballeros de gran renombre, charlatanes, estafadores, astroladrones y vagabundos estelares. Se presentó en el castillo Demétrico Megawatt, el celebrado esgrimista-oscilador, quien poseía tal retroalimentación y retrovelocidad que nadie podía derrotarlo en el combate cuerpo a cuerpo. De tierras distantes llegaron autopartículas, como los dos autómatas, victoriosos vectores de mil batallas; o como Prosteseo, constructorista par excellence, quien nunca iba a ningún lado sin dos aspiradores de chispas, uno negro y el otro plateado. Y estaba también Arbitrón Cosmoski, totalmente construido de protocristales y esbelto como una espiral, y Cyfer de Agrym, el íntelectricista, quien sirviéndose de la ayuda de cuarenta andromedarios y con ochenta cajas trajo con él una vieja computadora digital, oxidada de tanto pensar pero aún

poderosa de mente. Llegaron tres campeones de la raza de los Selectivitas: Diodio, Triodio y Heptodio, quienes tenían un vacío perfecto en sus cabezas; sus negros pensamientos eran como la noche sin estrellas. Vino también Perpetuan,

todo en armadura de Leyden, con su conmutador cubierto de moho de trescientos encuentros, y Matrix Perforatem, que nunca dejaba pasar un día sin integrar a alguien, Éste trajo a palacio su cibercorcel invisible, un supercaballo de batalla al cual llamaba Megaso. Se congregaron todos, y cuando la corte estaba en pleno, rodó un barril hasta el umbral, y de él se derramó, en fonna de mercurio, Ergio el autoinductivo, quien podía asumir el aspecto que deseara.

Los héroes fueron invitados a un grandioso banquete; se iluminaron los salones del castillo, y el mármol de los techos tomó un brillo rosado como una nube al atardecer. Luego partieron, cada uno por su lado, para intentar localizar al carapálida, retarlo a un combate mortal, recuperar la llave y así ganar a la princesa y el trono de Boludar. El primero, Demétrico Megawatt, voló a Koldlea, donde viven los gelacuajos, pues pensaba que podría encontrar algo allí. Así, se sumergió en su pantano, adueñándose del camino con golpes de su sable a control remoto; pero no logró nada, pues cuando se calentó demasiado, su sistema de enfriamiento se apagó y el incomparable guerrero encontró la muerte en tierra extranjera, y la sucia ciénaga y los gelacuajos cubrieron sus audaces cátodos para siempre. Los dos autómatas vectorianos tocaron la tierra de los radomantes, quienes erigen edificios de gas luminiscente que rezuman radioactividad, y son tan tacaños que cada noche cuentan los átomos de su planeta. Funesta fue la recepción que los mezquinos radomantes dieron a los autómatas, pues les mostraron un abismo lleno de piedras de ónix, crisolitas, calcedonias y espinelas, y cuando los electrocaballeros sucumbieron a la tentación de las joyas, los radomantes los lapidaron hasta matarlos, lanzando desde las alturas una avalancha de piedras preciosas, que al moverse centelleaba como un cometa de mil colores. Y es que los radomantes eran aliados de los

carapálidas por un pacto secreto del cual nadie conocía nada.

El tercero, Prosteseo el constructor, llegó a la tierra de los alganáceos después de un largo viaje por la oscuridad interestelar. La goleta de Prosteseo se estrelló contra su

inexorable pared y, con un timón averiado, fue a la deriva por el piélago, y cuando finalmente se acercó a algunos distantes soles, su luz atravesó los ojos ciegos del pobre aventurero. El cuarto, Arbitrón Cosmoski, obtuvo mejor suerte al principio. Logró cruzar los Estrechos de Andrómeda, surcar los cuatro remolinos espirales de los Perros Cazadores, y, como un ágil rayo, tomó el casco y, dejando una estela de fuego arrollador, llegó a las orillas del planeta Maestricia, donde, entre trozos de meteoritos, espía los destrozados restos de la goleta en que se había embarcado Prosteseo. Enterró el cuerpo del constructor, poderoso, brillante y frío como en vida, detrás de una pila de basalto, pero antes se apoderó de sus dos aspiradores de chispas, el plateado y el negro, para que le sirvieran de escudos y prosiguió su camino. Maestricia era salvaje y escabroso; rugían por él avalanchas de rocas sobre los precipicios, en una maraña de relámpagos plateados en las nubes. El caballero llegó a una región de cañadas, y allí los palindromidas cayeron sobre él en un cañón de malaquita, todo verde. Le arrojaron rayos

desde arriba, pero pudo defenderse de ellos con su escudo aspirador de chispas, hasta que movieron un volcán, ladearon el cráter, apuntaron y vomitaron fuego sobre él. El caballero cayó y la burbujeante lava entró en su cráneo, del cual escapó toda la plata. El quinto, Cyfer de Agrym, el intelecticista, no fue a ningún lado. En cambio, deteniéndose justo en el límite de las fronteras del reino de Boludar, liberó a sus andromedarios para que pudieran pacer en las pasturas estelares, y conectó la máquina, la ajustó, programó, trabajó con esfuerzo en sus ochenta cajas, y cuando todas rebosaban corriente y la máquina estaba hinchada al máximo de inteligencia, comenzó a formularle preguntas muy precisas: ¿dónde vive el carapálida?, ¿cómo se puede encontrar el camino?, ¿cómo se le puede engañar?, ¿cómo se le puede atrapar?, ¿cómo se le puede forzar a entregar la llave? Las respuestas, cuando al fin llegaron, eran vagas y evasivas. Enfurecido y colérico, golpeó la máquina hasta que ésta comenzó a oler a cobre caliente y continuó gritando:

-¡Quiero la verdad ahora, dímela, maldita computadora digital caduca! -hasta que finalmente todas sus juntas se fundieron, el estaño se escurrió de ellas en plateadas lágrimas, los tubos sobrecalentados se resquebrajaron con una detonación y él quedó sobre una enorme pila de chatarra medio derretida, encolerizado y con un garrote en una de sus manos.

Avergonzado, tuvo que regresar a casa. Ordenó una máquina nueva, pero no la vio sino hasta cuatrocientos años después.

En sexto lugar fue la salida de los selectivitas. Diodio, Triodio y Heptodio se enfrentaron de forma distinta al asunto. Tenían una reserva inagotable de tritio, litio y deuterio, y decidieron que abrirían a la fuerza, con explosiones de hidrógeno pesado, todos los caminos que condujeran a la tierra de los carapálidas. Sin embargo, no se tenía conocimiento de dónde comenzaban esos caminos. Quisieron preguntar a los pirópodos, pero éstos se encerraron detrás de las murallas de oro de su capital y arrojaron llamas; los valientes-valientes selectivitas tomaron por asalto el bastión, usando deuterio y tritio sin límite, hasta que un infierno de átomos desnudos retó descaradamente al estrellado cielo. Las paredes de la ciudadela brillaban doradas, pero en el fuego se revelaba su verdadera naturaleza, pues se convertían en amarillas nubes de humo sulfúrico, ya que habían sido construidas de pirita-marcasita. Allí cayó Diodio, pisoteado por los pirópodos, y su mente explotó como si fuera un ramillete de cristales de colores, rociando su armadura. Lo enterraron en una tumba de olivino negro, y luego se dirigieron hacia las fronteras del reino de Char, donde gobernaba el rey Astrocida, asesino de estrellas. El rey tenía una casa del tesoro repleta de núcleos ardientes arrancados de enanas blancas, y que eran tan pesados que únicamente la terrible fuerza de los magnetos del palacio les impedía incrustarse en el centro del planeta. Quien se parara sobre su tierra no podía mover brazos ni piernas, pues la prodigiosa gravitación sujetaba incluso más fuertemente que

los cerrojos o las cadenas. Triodio y Heptodio estuvieron muy apurados aquí, pues Astrocida, al descubrirlos detrás de las sólidas murallas del castillo, deslizó hacia afuera a una enana blanca tras otra y les arrojó bolas de fuego a la cara. Sin embargo, lo derrotaron, y él les reveló el camino que llevaba a los carapálidas; pero los engañó, pues no conocía el camino y solamente deseaba librarse de los temibles guerreros. De este modo, se sumergieron en el oscuro corazón del vacío, donde alguien con un beso errante antimateria le dio un tiro a Triodio; pudo haber sido uno de los cazadores cibernianos, o posiblemente una mina colocada para un cometa. Pero de cualquier modo, Triodio había desaparecido, casi sin tener tiempo para gritar ¡tumba!, su palabra favorita y el grito de batalla de su raza. Heptodio avanzó obstinadamente, pero también había en reserva un amargo fin para él. Su

bajel se encontró entre dos vórtices de gravitación llamados Bakhrida y Scintilla. Bakhrida acelera el tiempo, y Scintilla, por otro lado, lo frena, y entre ellos hay una zona de paralización, donde el presente, inmóvil, no fluye hacia delante ni hacia atrás. Allí Heptodio se congeló vivo, y allí permanece hasta este día, junto con las incontables fragatas y galcones de otros astromarinos, piratas y otros artefactos espaciales, sin envejecer en lo más mínimo, suspendidos en el silencio y el dolorosísimo aburrimiento que es la Eternidad.

Cuando así concluyó la campaña de los tres selectivitas, Perpetuan, ciberconde de Fud, quien era el séptimo y siguiente en partir, no echó a andar por mucho tiempo. En cambio, el electrocaballero hizo prolongados preparativos para la guerra, equipándose con conductores cada vez más agudos, con más y más proyectiles de chispas, morteros y tractores. Lleno de precaución, decidió entonces que iría a la cabeza de una leal comitiva. Bajo su estandarte se congregaron conquistadores y muchos rechazados, robots que, no teniendo nada más que hacer, deseaban probar suerte en la soldadesca. Con todos ellos Perpetuan formó una pesada caballería y una infantería de luz galáctica, con yelmos y blindajes, además de varios batallones de polidragones y paladines. Sin embargo, al pensar que ahora debía partir y encontrar su destino en alguna tierra desconocida, y que en cualquier charco se podía oxidar completamente, las espinilleras de hierro se doblaron bajo él, lo embargó un terrible arrepentimiento y de forma inmediata se dirigió a casa, avergonzado y abatido, derramando lágrimas de topacio, pues era un poderoso señor, con un alma repleta de joyas.

El penúltimo, Matrix Perforatem, abordó el problema con mucha cabeza. Había oído de la tierra de los pigmeliantes, gnomos robóticos cuya raza se originó de ésta, que el lápiz de su constructor se había resbalado del restirador, y entonces salieron todos ellos, hasta el último, del molde maestro, como deformidades jorobadas. Pero la alteración no resultó provechosa y así se quedaron. Estos enanos acumulan conocimiento como otros almacenan tesoros, y por esta razón se les llama Tesoreros de lo Absoluto.

Su sabiduría yace en el hecho de que coleccionan conocimiento pero nunca lo usan. A ellos fue Perforatem, pero no de forma militar, sino en galeones cuyas cubiertas se encontraban repletas de magníficos regalos; quería ganarse a los pigmeliantes con trajes

brillantes de positrones y cubiertos por una lluvia de neutrones; les llevó también átomos de oro tan grandes como siete puños, y frascos turbulentos de las más insólitas ionosferas. Sin embargo, los pigmeliantes desdeñaron incluso el noble vacío bordado con olas de exquisitos espectros astrales. En vano se enfureció y amenazó con lanzarles a su bufador electrocorcel Megaso. Finalmente, te ofrecieron un guía, pero resultó que éste era un miriafalangiano de mil manos, y siempre apuntaba en todas las direcciones a la vez.

Perforatem lo mandó empaquetar y espoleó a Megaso para que siguiera el rastro de los carapálidas, pero el rastro resultó ser falso, pues un cometa de hidróxido de calcio iba a pasar por ese camino, y el tonto corcel lo confundió con fosfato de calcio, que es el ingrediente básico del esqueleto de los carapálidas. Megaso tomó limo por cal. Perforatem vagó mucho tiempo entre soles cada vez más macilentos, pues había entrado en una sección muy antigua del Cosmos.

Viajó a través de una fila de gigantes moradas, hasta que pudo notar que su barco y el silencioso desfile de estrellas se reflejaban en un espejo espiral, un espéculo de plateada superficie; se llevó una sorpresa y, por si acaso, desenvainó su extinguidor supernova, que les había comprado a los pigmeliantes para protegerse del calor excesivo de la Vía Láctea. No sabía qué era lo que estaba viendo; de hecho, era un nudo en el espacio, el más próximo factorial del continuo, desconocido incluso para los monoasteristas de aquel lugar. Lo único que dicen es que quien lo encuentra nunca jamás retorna. Hasta este día, nadie sabe qué le ocurrió a Matrix en ese molino estelar. Su fiel Megaso regresó solo a casa, lloriqueando suavemente en el vacío, y sus ojos de zafiro eran albercas de tal horror, que absolutamente nadie podía mirarlos sin sentir un escalofrío. Y ningún bajel, ni los extinguidores, ni Matrix, fueron vistos de nuevo.

Y así, el último, Ergio el autoinductivo, partió solo. Estuvo lejos un año y tres quincenas.

Cuando volvió, contó muchas cosas de tierras desconocidas para todos, como la de los perisconos, quienes construyen canales calientes de corrupción; del planeta de los seres de ojos de epoxia, quienes se convirtieron frente a él en hileras de olas, pues eso hacen en tiempos de guerra, pero los partió en dos de un tajo. Descubrió la piedra caliza que formaba

sus huesos, y cuando venció sus cascadas asesinas se encontró cara a cara con uno que ocupaba la mitad del cielo, y cayó sobre él, para exigirle el camino, pero bajo el filo de su espada de fuego su piel se abrió y expuso su blancura, retorciendo sus bosques de nervios. Y habló del transparente y helado planeta Aberrabia, que, como una lente de diamante, contiene la imagen del Universo entero dentro de él; allí copió los caminos a la tierra de los carapálidas.

Contó de una región de silencio eterno, Alumnium Cryotrica, donde sólo vio los reflejos de las estrellas en las superficies de los glaciares colgantes; y del reino de los marmoloides derretidos, quienes modelan chucherías hirvientes de lava, y de los electroneumáticos, quienes en nubes de metano, ozono, cloro y el vapor de los volcanes, son capaces de encender la chispa de la inteligencia, y que continuamente luchan con el problema de cómo colocar en un gas la cualidad del genio. Les dijo que para llegar al reino de los carapálidas había tenido que forzar la puerta de un sol llamado Caput Medusae; cómo después de arrancar esta puerta de sus bisagras cromáticas, por el interior de la estrella corrió una larga sucesión de llamas moradas y azul claro, hasta que su armadura se encrespó debido al calor. Cómo por treinta días intentó adivinar la palabra que activaría la compuerta de Astroporcyonum, pues sólo a través de ella se puede entrar al frío infierno de los seres miasmáticos; cómo finalmente se encontró entre ellos, que trataron de acorralarlo en sus trampas pegajosas y lipídicas, de trastornarle el mercurio de la cabeza o cortocircuitarlo; cómo lo engañaron, señalándole estrellas desfiguradas, pero ése era un cielo falso, pues habían escondido el verdadero en su furtivo camino; cómo con torturas quisieron arrancarle su algoritmo y entonces, cuando ya lo había soportado todo, lo arrojaron a un pozo y tiraron una losa de magnetita sobre la abertura.

Sin embargo, adentro, él inmediatamente se multiplicó en cientos de miles de Ergios los autoinductivos, empujó la tapa de acero, emergió a la superficie y descargó su castigo sobre los carapálidas durante un mes completo y cinco días. Cómo entonces los monstruos, en un último intento, atacaron en rastreadores que ellos llaman tractores de orugas, pero eso no les sirvió de nada, pues sin cejar jamás en su ardor por la batalla, sino mutilando, apuñalando y acuchillando, los llevó a tal extremo que le arrojaron a los pies al miserable carapálida ladrón de llaves, después de lo cual Ergio le cercenó la odiosa cabeza; después

destripó el cadáver, y en él encontró una piedra, conocida como tricobezoar, y allí en la piedra estaba grabada una inscripción en la escrofulosa lengua carapálida que revelaba el lugar en el que se encontraba la llave. El autoinductivo abrió sesenta y siete soles -blanco, azul y rojo rubí- antes de rasgar el correcto y encontrar al fin la llave.

No quiso ni pensar en las aventuras que encontró, las batallas que se vio forzado a librar en el camino de regreso -tan grande era ahora su anhelo por la princesa, y grande también su impaciencia por la boda y la coronación-. Con regocijo, el rey y la reina lo llevaron a la cámara de su hija, quien estaba silenciosa como una tumba, sumida en el sueño. Ergio se inclinó sobre ella, jugueteó un poco alrededor de la tapa, insertó algo, giró, e instantáneamente la princesa -para deleite de su madre y el rey y la corte entera- abrió los ojos y le sonrió a su salvador.

Ergio procedió a cerrar la tapita, la selló con un poco de yeso para mantenerla clausurada, y explicó que también había encontrado el tornillito, pero que se le había caído durante una pelea con Poleander Partabon, emperador de todo Jatapurgovia. Pero nadie puso atención a esto, y fue una pena, pues el rey y la reina se hubieran dado cuenta bien pronto que él jamás partió en realidad, pues ya desde niño Ergio el autoinductivo poseía la habilidad de abrir cualquier cerradura y gracias a esto pudo aliviar a la princesa Electrina. Entonces, en verdad no se había encontrado con ninguna de las aventuras que describió, sino que simplemente esperó un año y tres quincenas para que su pronto regreso con el objeto perdido no pareciera sospechoso, a la vez que se quería asegurar de que ninguno de sus rivales volvería. Sólo entonces apareció en la corte del rey Boludar y devolvió a la vida a la princesa, y se casó con ella, y reinó larga y felizmente, y su subterfugio nunca fue descubierto. De lo cual puede uno ver de inmediato que hemos dicho la verdad y no un cuento de hadas, pues en los cuentos de hadas siempre triunfa

la virtud.

PODEMOS RECORDARLO TODO POR USTED

Philip K. Dick

Despertó... y deseó estar en Marte.

Pensó en los valles. ¿Qué se sentiría al caminar por ellos? Creciendo incesantemente, el sueño fue en aumento a medida que recuperaba sus sentidos: el sueño y el ansia. Casi llegaba a sentir la abrumadora presencia del otro mundo, que solamente habían visto los agentes del Gobierno y los altos funcionarios. ¿Y un empleado como él? No, no era probable.

- ¿Te levantas o no? - preguntó su esposa Kirsten, con tono soñoliento y con su nota habitual de malhumor -. Si estás ya levantado, oprime el botón del café caliente en el maldito horno.

- Está bien - respondió Douglas Quail.

Descalzo, se dirigió desde el dormitorio a la cocina. Allí, tras haber hecho presión, obedientemente, sobre el botón del café caliente, tomó asiento ante la mesa, extrajo un bote pequeño, de color amarillo, de buen Dean Swift. Inhaló profundamente y la mezcla Beau Nash le produjo picor en la nariz y al mismo tiempo le quemó el paladar. Pero continuó inhalando; el producto le despertó y permitió que sus sueños, sus nocturnos deseos, sus ansias esporádicas se condensaran en algo parecido a la racionalidad.

- ¡Iré! - se dijo a sí mismo -. Antes de morir, veré Marte.

Por supuesto, era imposible, y aun soñando, esto lo sabía muy bien. Pero la luz del día, el ruido habitual que hacía su esposa al cepillarse el cabello ante el espejo del tocador..., todas las cosas conspiraron repentinamente para recordarle lo que él era.

«Un miserable empleado asalariado», se dijo con amargura. Kirsten le recordaba tal circunstancia por lo menos una vez al día, y él no la culpaba por ello; era una labor de

esposa lograr que el marido asentara los pies firmemente sobre la tierra. En la Tierra, pensó, y se echó a reír. La frase le hacía gracia.

- ¿En qué estás pensando? - preguntó la esposa, cuando entró en la cocina arrastrando por el suelo un pico de su larga bata color rosa -. Apuesto a que estás soñando de nuevo. Estarás en las nubes, como siempre. Tienes la cabeza llena de pájaros.

- Sí - respondió él, mirando por la ventana de la cocina hacia los taxis aéreos y demás artilugios volantes, así como a la gente que se apresuraba para acudir a su trabajo. Al cabo de un rato, también él estaría entre todas aquellas personas. Como siempre.

- Apuesto a que tus sueños tienen algo que ver con alguna mujer - dijo Kirsten, sonrojándose.

- No - contestó -. Con un dios. Con el dios de la guerra. Tiene maravillosos cráteres y en sus profundidades crece toda clase de vida vegetal.

- Escucha - dijo Kirsten, agachándose a su lado y hablando calurosamente, a la vez que abandonaba por unos instantes el tono normal y áspero de su voz -. El fondo del océano... «nuestro» océano, es infinitamente más bello. Lo sabes bien; todo el mundo lo sabe. Alquila para un equipo de branquias artificiales, pide una semana de permiso en el trabajo y podremos sumergirnos y vivir en uno de esos maravillosos lugares de recreo acuáticos que están abiertos todo el año. Y además...

La mujer se detuvo y añadió tras una breve pausa: - No me escuchas. Deberías hacerlo. Eso es mucho mejor que tu obsesión por Marte. ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Cielo santo!, ¡estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

- Me voy a trabajar - dijo él, poniéndose en pie y olvidándose del desayuno -. Eso es lo que va a ser de mi.

La esposa lo miró con expresión dubitativa y dijo: - Cada día estás peor, más y más fantástico. ¿Adónde te va a llevar todo esto?

- A Marte - contestó, abriendo la puerta del armario para coger una camisa limpia.

Tras haber descendido del taxi, Douglas Quail caminó lentamente a través de tres abarrotadas calzadas especiales para peatones, dirigiéndose hacia aquel umbral moderno y atractivo. Allí se detuvo contemplando el tráfico de media mañana y con suma calma leyó el rótulo de neón. Ya en el pasado lo había leído muchas veces pero nunca desde tan cerca. Esto era diferente. Lo que hacía ahora era algo más. Algo que más pronto o más tarde tenía que suceder.

REKAL INCORPORATED

¿Era ésta la respuesta? Después de todo, sólo era una ilusión, quizá muy convincente, pero no dejaba por ello de serio. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente... todo lo contrario.

Y, de todas maneras, en los siguientes cinco minutos tenía una cita.

Respirando profundamente cierta cantidad del aire medio envenenado de Chicago, atravesó a continuación el policromo umbral y se acercó hasta el mostrador de la recepcionista.

La rubia y bella muchacha del mostrador, de atractivos senos e impecablemente ataviada, le saludó con suma simpatía:

- Buenos días, señor Quail.

- Sí - replicó él -. Estoy aquí para tratar acerca de un curso Rekal, como usted sabe.

- Por supuesto - dijo la recepcionista, tomando un pequeño auricular que había a su lado.

Luego anunció:

- El señor Douglas está aquí, señor McClane. ¿Puede entrar ahora, o es demasiado pronto?

Surgieron del auricular unos extraños sonidos.

- Sí, señor Quail - dijo la joven -. Puede usted entrar; el señor McClane le está esperando.

Al avanzar el señor Quail con ciertas dudas, la muchacha le advirtió:

- Habitación D, señor Quail. A su derecha.

Durante unos instantes creyó haberse perdido, pero pronto encontró la habitación indicada. Se abrió la puerta automáticamente. Tras una enorme mesa de despacho, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto afable y ataviado con un traje gris marciano de piel de rana; solamente aquel atavío hubiese sido suficiente para indicar a Quail que acababa de acudir a visitar a la persona más adecuada.

- Siéntese, Douglas - dijo McClane, señalando con una mano regordeta hacia una silla que había frente a su mesa de despacho -. ¿De manera que desearía ir a Marte? Muy bien.

Quail tomó asiento, sintiéndose muy nervioso.

- No estoy muy seguro de que esto valga la pena - dijo -. Cuesta mucho y realmente tengo la impresión de que no conseguiré nada.

«Cuesta tanto como ir allá», pensó.- Usted tendrá las pruebas tangibles de su viaje - aseguró enfáticamente el señor McClane -. Todas las pruebas que necesite. Vea usted esto.

El hombre revolvió en un cajón de su impresionante mesa, y del interior de un gran sobre color marrón, extrajo una pequeña cartulina impresa en relieve.

- Se trata de un billete de viaje. Demuestra que usted ha hecho el viaje de ida y vuelta. Postales... Sobre la mesa extendió cuatro fotografías tridimensionales a todo color, para que Quail las viese. Luego añadió:

- Película. Fotografías que usted tomó de algunos lugares típicos de Marte con una cámara de cine alquilada...

Mostró las fotos a Quail y continuó:

- ...Más los nombres de las personas que ha conocido usted, objetos de recuerdo que llegarán de Marte en el mes próximo, y pasaporte, certificados de las vacunas que se le hayan puesto, y algunos detalles más.

El hombre guardó silencio y miró agudamente a Quail. Luego, añadió:

- Sabrá usted que ha viajado, que ha ido allá. No nos recordará a nosotros, ni a mí, ni siquiera el haber estado aquí. Será en su mente un verdadero viaje, le garantizamos eso. Dos semanas completas de recuerdos hasta su más mínimo detalle. Y no olvide esto: si alguna vez duda usted de que realmente ha hecho el viaje a Marte, puede volver aquí y se le devolverá la cantidad cobrada, íntegramente. ¿Se da cuenta?

- Pero no habré ido - dijo Quail -. No habré ido, por muchas pruebas que ustedes me den de tal cosa.

Quail lanzó un profundo suspiro y añadió tras una breve pausa:

- Y jamás habré sido un agente secreto de la Interplan.

Le parecía imposible que la fabulosa memoria que inyectaba Rekal pudiese desarrollar aquella labor.... a pesar de lo que había oído decir a la gente.

- Señor Quail - dijo pacientemente McClane -. Como usted mismo nos explicó en su carta, no tiene oportunidad, ni la más ligera posibilidad de ir alguna vez a Marte; no puede usted permitírselo, y lo que es mucho más importante, nunca podrá usted llegar a ser un agente secreto para Interplan ni para nadie. No puede serlo ni lo será jamás. Esta es la única forma de alcanzar..., bien, el sueño de su vida, ¿no tengo razón, señor?

McClane cloqueó con la garganta y añadió:

- Pero puede «haberlo sido y haberlo hecho». Nos preocuparemos de que así sea. Y nuestros honorarios son muy razonables.

Tras pronunciar sus últimas palabras, McClane sonrió animadamente.

- ¿Es tan convincente esa memoria inyectable? - preguntó Quail.

- Mucho más que la realidad, señor. Si de verdad hubiese usted ido a Marte como agente de la Interplan, ahora habría olvidado muchas cosas; nuestro análisis sobre los sistemas de la verdadera memoria (auténticos recuerdos de principales acontecimientos de la vida de una persona) demuestran que siempre se pierden muchos detalles, detalles que se olvidan y que jamás vuelven a recordarse. Parte de lo que le ofrecemos es que todo cuanto «plantemos» en su memoria jamás lo olvidará. La serie de imágenes e ideas que se le inyectarán cuando esté usted en estado de inconsciencia es la creación de grandes expertos, hombres que han pasado años en Marte. En cada caso verificamos los detalles en forma realmente exhaustiva. Aparte de que ha elegido usted un sistema muy fácil para nosotros; si hubiese usted deseado ser emperador de la Alianza de Planetas interiores o hubiera elegido Plutón para su viaje, hubiésemos tenido muchas más dificultades..., y, por supuesto, los honorarios habrían sido también muy superiores.

Llevándose una mano al bolsillo interior de su chaqueta para extraer la cartera, Quail dijo:

- Está bien. Ha sido la ambición de toda mi vida, y sé que realmente nunca la conseguiré. De manera que imagino que tendré que aceptar esto.

- No piense de esa forma - dijo McClane, severamente -. No está usted aceptando lo que podríamos llamar un segundo plato. La memoria real con todas sus vaguedades, omisiones, por no citar también sus distorsiones, sí que es en realidad un segundo plato.

McClane aceptó el dinero y oprimió un botón que había sobre su mesa. Luego, cuando se abrió la puerta para dar paso a dos hombres fornidos, añadió:

- Está bien, señor Quail. Irá usted a Marte como agente secreto.

McClane se levantó, estrechó la mano de Quail, húmeda a causa de los nervios, y concluyó:

- O mejor dicho, ya está usted en camino esta tarde a las cuatro y media regresará a la Tierra y un taxi le llevará hasta su vivienda, y como ya le he dicho, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; en realidad, ni siquiera sabrá nada de nuestra existencia.

Con la boca reseca por el nerviosismo, Quail siguió a los dos técnicos; lo que sucediese a continuación dependería de ellos.

«¿Llegaré a creer que realmente estuve en Marte? - se preguntó -. ¿Llegaré a estar seguro de que al fin logré la ambición de toda mi vida?»

Quail tenía la intuición de que algo, sin saber por qué, saldría mal. Pero ignoraba de qué podía tratarse.

Tendría que esperar para saberlo.

El aparato de comunicación interior de McClane, que le conectaba con el área de trabajo de la firma, sonó, y dijo una voz:

- El señor Quail está en este momento bajo, los efectos sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar esta operación, o seguimos adelante?

- Es de rutina - observó McClane. Puede usted continuar, Lowe; no creo que tenga usted ninguna dificultad.

La programación de la memoria artificial de un viaje a otro planeta -con o sin la adición de ser agente secreto- se realizaba en la firma con monótona regularidad. En un solo mes, McClane calculaba que probablemente se llevarían a cabo unas veinte veces; los viajes interplanetarios artificiales se habían convertido en pan diario.

- Lo que usted diga, señor McClane - respondió la voz de Lowe.

El aparato de comunicación interior guardó silencio.

Acercándose hasta la sección abovedada de la cámara situada detrás de su despacho, McClane buscó un paquete Tres y otro Sesenta y dos: viaje a Marte; espía secreto interplanetario. Luego regresó con ambos paquetes a su mesa de despacho, tomó asiento cómodamente, Y extrajo todo el contenido..., objetos y documentos que se depositarían en

la vivienda de Quail mientras los técnicos de laboratorio se ocupaban en fabricar la falsa memoria.

Un localizador de ideas, y McClane pensó que aunque aquél era el objeto de mayor tamaño, también era el que les producía mayores beneficios económicos. Un transmisor tan diminuto que el agente podría tragárselo si le capturaban. Libro de claves que se parecían asombrosamente a uno auténtico..., los modelos de la firma eran extraordinariamente seguros: basados, siempre que era posible, sobre las verdaderas claves de Estados Unidos. Diversos objetos que no parecían tener aplicación alguna, pero que formarían, al unirse en la memoria de Quail, base sólida sobre su imaginario viaje: media moneda, ya antigua, de plata, y con un valor de cincuenta centavos, varias anotaciones de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo de papel fino y transparente, varios sobrecitos de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que se leían grabadas las siguientes palabras: «Propiedad del Kibutsim Nacional de Marte», un diminuto rollo de alambre que... Sonó, una vez más, el aparato de comunicación interior.

- Señor McClane, siento mucho molestarle, pero sucede algo raro. Quizá fuese mejor que viniese usted un momento. Quail está ahora bajo efectos sedantes; reaccionó bien bajo la narquidrina; está completamente inconsciente, pero...

- Voy ahora mismo.

Intuyendo alguna dificultad seria, McClane abandonó su despacho. Un momento después aparecía en la zona de trabajo. Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos cerrados parecía enterarse muy débilmente, sólo débilmente, de la presencia de los dos técnicos y del propio McClane.

- ¿No hay espacio para insertar falsos modelos de memoria? - interrogó McClane, con irritación -. Habrá suficiente para dos semanas; está empleado en la oficina de Emigración de la Costa Occidental, que es una agencia del Gobierno, y debido a ello indudablemente durante el año pasado habrá disfrutado de dos semanas de vacaciones. Repito que con eso será suficiente.

Los detalles menudos siempre molestaban a McClane. - Nuestro problema - dijo Lowe - es algo muy diferente. - Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail -: Repítale al señor McClane lo que acaba de contamos.

Los ojos grises del hombre que yacía boca arriba sobre la cama miraron al rostro de McClane. Este los observó con atención. Su expresión se había endurecido y tenían un aspecto inorgánico, pulido, como piedras semipreciosas. McClane no estaba muy seguro de que le gustase lo que estaba viendo. Aquel brillo de los ojos era demasiado frío.

- ¿Qué desea usted ahora? - preguntó Quail, ásperamente -. Salgan de aquí antes de que los destroce a todos.

Estudió detenidamente a McClane y añadió: - Especialmente usted. Sí, está usted a cargo de esta operación de contraespionaje.

Lowe dijo:

- ¿Cuánto tiempo ha estado usted en Marte?

- Un mes - respondió Quail, con el mismo tono.

- ¿Y cuál fue su propósito al ir allí? - Exigió Lowe.

Los delgados labios de Quail se retorcieron un tanto, pero no habló. Finalmente, arrastrando las palabras hasta lograr que sonaran con evidente acento de hostilidad, dijo:

- Agente de Interplan. Ya se lo he dicho. ¿No graba usted todo cuanto se habla?

Ponga en marcha esa cinta grabada para que la escuche su jefe y déjeme tranquilo.

Cerró los ojos. La dureza de las pupilas se esfumó.

McClane se sintió inmediatamente aliviado.

Lowe dijo calmosamente:

- Este es un hombre duro, señor McClane.

- No lo será - respondió McClane -. No lo será cuando de nuevo dispongamos que pierda su eslabón de memoria. Se mostrará tan dócil como antes.

Luego añadió, dirigiéndose a Quail:

- ¿De manera que ésa era la razón por la que tanto ansiaba ir a Marte?

Sin abrir los ojos respondió:

- Nunca quise ir a Marte. Me destinaron Y no tuve más remedio que Ir. Confieso que sentía curiosidad por ir. ¿Quién no la hubiese sentido?

De nuevo abrió los ojos Y miró a los tres hombres en particular a McClane. Luego murmuró:

- Buen suero de la verdad éste que usted tiene aquí. Me ha hecho recordar cosas que había olvidado completamente.

Hubo un silencio y luego murmuró, como si hablara para sí:

- ¿Y Kirsten? ¿Estaría complicada en todo esto? Un contacto de Interplan vigilándome... para tener la seguridad de que yo no recuperase la memoria... ¿podría ser? No me extraña que se burlara tanto de mis deseos de ir allá.

Muy débilmente, sonrió. La sonrisa más bien de comprensión, se desvaneció casi inmediatamente.

McClane dijo:

- Por favor, créame, señor Quail; hemos tropezado con esto enteramente por accidente. En el trabajo que nos...

- Le creo - respondió Quail.

Este último parecía cansado. La droga continuaba profundizando más y más en él.

- ¿Dónde dije que había estado? - interrogó -. ¿Marte? Es difícil recordar. Sé que me gustaría haberlo visto; y creo que también le gustaría a todo el mundo. Pero yo...

Su voz se debilitó extraordinariamente, Y Musitó:

- ...yo, soy un simple empleado, un empleado que no sirve para nada...

Incorporándose, Lowe dijo a su superior:

- Desea una falsa memoria que corresponde a un viaje que realmente ha hecho. Y una razón falsa que es la verdadera razón. Está diciendo la verdad; está muy sumido en la narquidrina. El viaje aparece muy vivido en su mente, al menos bajo el efecto de los sedantes. Pero aparentemente no puede recordarlo en estado de vigilia. Alguien, probablemente en los laboratorios de ciencias militares del Gobierno, borró sus recuerdos conscientes; todo cuanto sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, lo mismo que ser agente secreto. Esto no pudieron borrarlo; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le impulsó a presentarse voluntario para tal destino.

El otro técnico, Keeler, dijo a McClane:

- ¿Qué hacemos? ¿Injertar un modelo de falsa memoria sobre la verdadera? No se puede predecir cuáles serán los resultados. Podría recordar parte del verdadero viaje, y la confusión producir un intervalo psicopático. Se vería obligado a retener dos sujetos opuestos en su mente, y hacerlo simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es auténtico agente de Interplan y que no lo es... Creo que debemos despertarlo sin realizar ninguna implantación de falsa memoria y sacarlo de aquí. Esto es un hierro candente.

- De acuerdo - respondió McClane.

Al asentir a la propuesta de Keeler se le ocurrió otra idea y preguntó:

- ¿Pueden ustedes predecir qué es lo que recordará cuando salga del estado de estupor?

- Imposible de predecir - respondió Lowe -. Probablemente albergue, a partir de ahora, algún débil recuerdo de su verdadero viaje, y también es muy probable que tenga serias dudas sobre su veracidad. Quizá decida que en nuestra programación hubo un fallo. También podría recordar haber venido aquí; esto podría borrarse si usted lo desea.

- Cuanto menos nos relacionemos con este hombre, mejor - dijo McClane - No debemos jugar con esto. Ya hemos sido lo suficientemente estúpidos, o infortunados, como para descubrir a un auténtico espía de Interplan, tan perfectamente camuflado que ni siquiera él mismo sabía quién era... o, más bien, quién es.

Cuanto antes se desembarazasen de aquel individuo que se hacía llamar Douglas Quail, sería mejor.

- ¿Piensa usted instalar los paquetes Tres y Sesenta y dos en su alojamiento? - preguntó Lowe.

- No - dijo McClane -. Y vamos a devolverle la mitad de los honorarios cobrados.

- ¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

McClane respondió débilmente:

- Creo que es un buen arreglo.

Cuando el coche llegó a su residencia, situada en un extremo de Chicago, Douglas se dijo a sí mismo que, sin duda alguna, era una buena cosa haber regresado a la Tierra. El largo período de estancia de un mes en Marte ya había comenzado a difuminarse en su memoria; solo le quedaba una vaga imagen de los Profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, de la vitalidad, del movimiento mismo. Un mundo de polvo donde pocas cosas ocurrían, un mundo en el que buena parte del día era preciso pasarlo comprobando una y otra vez las reservas de oxígeno.

También recordaba las formas de vida, los modestos cactus color gris marrón y los gusanos. De hecho se había traído de Marte varios ejemplares moribundos de la fauna de aquel

planeta; los había pasado de contrabando por las aduanas. Después de todo, no constituían ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la densa atmósfera de la Tierra.

Introdujo una mano en el bolsillo en busca del pequeño estuche que contenía los gusanos, pero en su lugar extrajo un sobre. Al abrirlo descubrió, perplejo, que contenía quinientas setenta cartulinas de crédito en forma de billetes de bajo valor.

«¿De dónde ha salido esto? - se preguntó a sí mismo -. ¿Acaso no me gasté en el viaje hasta la última moneda que poseía?»

Junto con el dinero había una hoja de papel marcada con las palabras: «Retenida la mitad de los honorarios» y firmaba «McClane». La fecha era la del día.

- Recuerda - dijo Quail, en voz alta.

- ¿Recordar qué, señor o señora? - inquirió respetuosamente el conductor-robot del taxi.

- ¿Tiene una guía telefónica? - preguntó.

- Desde luego que sí, señor o señora.

Se abrió un pequeño compartimiento, y de su interior se deslizó una diminuta guía telefónica de Cook County.

- La redacción de esta guía es extraña - comentó Quail, al hojearla en sus páginas amarillas. Sintió cierto temor. Hizo un esfuerzo para disimularlo, y luego dijo:

- Aquí está. Lléveme a Rekal Incorporated. He cambiado de idea, ya no quiero ir a casa.

- Sí, señor o señora - respondió el robot.

Un momento después, el taxi se lanzaba en dirección opuesta.

- ¿Puedo usar su teléfono? - preguntó.

- Con sumo placer - dijo el robot, presentándole un lujoso teléfono con tridivisión en color, completamente nuevo.

Quail marcó el número de su vivienda. Y con una breve pausa, vio la imagen en miniatura, pero muy auténtica, de Kirsten en la pequeña pantalla del aparato.

- Estuve en Marte - le dijo.

- Estás borracho, o algo peor - replicó ella, retorciendo los labios irónicamente.

- Te estoy diciendo la verdad.

- ¿Cuándo? - preguntó Kirsten.

- No lo sé - dijo Quail, realmente confuso -. Creo que fue un viaje simulado.

Por medio de un sistema de memorias extrarreales o como diablos se llame. Pero no tuvo resultado.

Kirsten dijo de nuevo:

- Estás borracho.

E inmediatamente colgó.

Quail lo hizo a continuación, sintiendo que se sonrojaba. «Siempre el mismo tono», se dijo a sí mismo, encolerizado. Siempre las mismas recriminaciones como si ella lo supiese todo y él nada. «¡Qué matrimonio!», pensó amargado.

Un momento más tarde, el taxi se detuvo junto a la acera de un edificio color rosa, pequeño, y muy atractivo. Un rótulo policromo de neón decía: «Rekal incorporated».

La elegante recepcionista se sorprendió al principio, pero acto seguido se dominó para saludar:

- ¡Hola, señor ¿Cómo está usted? ¿Olvidó alguna cosa?

- El resto de los honorarios que aboné.

Más compuesta ya, la recepcionista dijo: - ¿Honorarios? Creo que se equivoca, señor

Estuvo usted aquí discutiendo la posibilidad de la realización de un viaje, pero... la muchacha se encogió de hombros y dijo, tras breve pausa:

- Tal y como tengo entendido, ese viaje no tuvo lugar.

Quail respondió:

- Lo recuerdo todo muy bien, señorita. La carta a Rekal, que inició todo este asunto. Recuerdo mi llegada aquí y mi visita al señor McClane. Y recuerdo, asimismo, cómo los dos técnicos de laboratorio me llevaron del despacho para administrarme una droga.

No tenía nada de extraño que la firma le hubiera devuelto la mitad de la cantidad desembolsada. No había dado resultado la falsa memoria de su viaje a Marte, al menos no enteramente, como se lo habían asegurado.

- Señor - dijo la muchacha -, aunque sea usted un empleado de poca importancia es usted un hombre de buen ver, y cuando se indigna estropea sus facciones. Si se sintiera usted mejor, yo podría..., bien, podría permitirle que me llevara a algún sitio.

Quail se puso furioso.

- La recuerdo a usted muy bien - dijo con tono de indignación -. Y recuerdo la promesa del señor McClane de que si recordaba mi visita a Rekal Incorporated me devolverían mi dinero en su totalidad. ¿Dónde está el señor McClane?

Tras una demora, probablemente tan larga como pudieron lograr, el señor Quail se encontró nuevamente sentado ante la impresionante mesa de despacho, exactamente como lo había estado una hora antes aquel mismo día.

- Poseen ustedes una maravillosa técnica - dijo Quail sardónicamente con enorme resentimiento -. Los llamados «recuerdos» de un viaje a Marte como agente secreto de

Interplan son vagos y confusos, aparte de estar llenos de contradicciones. Y recuerdo claramente el trato que hice aquí con ustedes.

Debería llevar este caso a la oficina de Mejores Negocios.

En aquellos momentos, Quail ardía de indignación. La sensación de haber sido engañado le abrumaba y había vencido su acostumbrada aversión a discutir abiertamente.

Con gran cautela, McClane dijo:

- Capitulemos, Le devolveremos el resto de sus honorarios. Admito que no hemos hecho nada en absoluto por usted.

El tono de las últimas palabras de McClane era de resignación.

Quail dijo, con tono acusador:

- Ni siquiera me han proporcionado los diversos objetos que, según ustedes, demostrarían mi estancia en Marte. Toda esa comedia que me contaron no llegó a materializarse en nada. Ni siquiera un billete de viaje. Ninguna postal. Ni pasaporte. Ningún certificado de vacuna, nada...

- Escuche, - dijo McClane -. Supongamos que le digo...

McClane se detuvo repentinamente y dijo al cabo de un breve silencio:

- Bien, dejémoslo así.

Hizo presión sobre el botón de la comunicación interior y añadió:

- Shirley, por favor, ¿quiere usted preparar un cheque por valor de quinientos setenta para el señor? Gracias.

Luego miró nuevamente a Quail.

Inmediatamente llegó el cheque; la recepcionista lo dejó ante McClane y, una vez más, desapareció, dejando solos a los dos hombres que continuaban mirándose fijamente desde ambos lados de la impresionante mesa de despacho.

- Permítame advertirle algo - dijo McClane, al firmar el cheque y entregárselo

- No hable con nadie sobre su..., bien..., sobre su reciente viaje a Marte.

- ¿Qué viaje?

- Bien, me refiero al viaje que ha hecho usted parcialmente. Actúe como si no lo recordara. Simule que jamás tuvo lugar. No me pregunte por qué, pero acepte mi consejo; será mejor para todos nosotros.

McClane había comenzado a sudar abundantemente. Hubo otra pausa de silencio, y añadió:

- Y ahora, señor Quail, tengo que trabajar con otros clientes, ¿comprende?

Se puso en pie y acompañó a Quail hasta la puerta.

Dijo al abrirla:

- Una firma que trabaja tan deficientemente no debería tener ningún cliente.

Acto seguido cerró la puerta a su espalda.

De nuevo hacia casa, en el taxi, reflexionó sobre la redacción de la carta que dirigiría a la oficina de Mejores Negocios, División de la Tierra. Tan pronto como tomase asiento ante su máquina de escribir lo haría; era su deber advertir a otras personas para que se alejaran de Rekal Incorporated.

Cuando llegó a su alojamiento, se sentó ante su máquina de escribir portátil, abrió los cajones y comenzó a buscar papel carbón, hasta que se dio cuenta de la presencia de una

caja familiar. Una caja que él había llenado cuidadosamente en Marte con fauna, y más tarde la había pasado de contrabando por la aduana. Al abrir la caja vio, sin acabar de creerlo, seis gusanos muertos y ciertas variedades de vida unicelular con las que se alimentaban los gusanos marcianos.

Los protozoos estaban secos, casi hechos polvo, pero los reconoció inmediatamente; le había costado un día de trabajo recogerlos entre las grandes rocas de color oscuro. Recordaba que había sido un maravilloso viaje de descubrimientos.

«Pero yo no he ido a Marte» se dijo a sí mismo.

Sin embargo, por otra parte...

Se presentó Kirsten en la puerta de la habitación cargada con una cierta cantidad de verduras.

- ¿Cómo es que estás en casa a estas horas?

La voz de la esposa, con su eterno y monótono tono de acusación.

- ¿Fui yo a Marte? - preguntó Quail -. Tú debes saberlo.

- No, por supuesto que no has ido a Marte y también tú deberías saberlo. ¿Acaso no estás siempre hablando de que deseas ir?

Quail dijo:

- Te aseguro que creo que he ido ya. - Hubo un silencio, y Quail añadió luego: - Y a la vez, creo que no fui.

- Decídate entre una cosa u otra.

- ¿Cómo puedo hacerlo? - interrogó Quail, con una extraña mueca -. Los dos recuerdos están firmemente grabados en mi mente; uno es real y el otro no, pero no puedo diferenciar

cuál es el auténtico y cuál es el falso. ¿Por qué no puedo confiar en ti? Tú les importas muy poco.

Su esposa podía hacer, al menos, aquello por él... aunque en lo sucesivo no volviese a hacer ya nada en su beneficio.

Kirsten dijo con voz monótona y controlada: - Doug, si no vuelves a ser una persona normal, hemos terminado. Voy a dejarte.

- Estoy en apuros - replicó con voz un tanto ronca -. Probablemente me encamino hacia un estado psicopático. Espero que no, pero puede que así sea. De todas maneras, eso lo explicaría todo.

Depositando en el suelo la cesta de las verduras, Kirsten caminó hacia el armario.

- No estaba bromeando - dijo con suma calma. Sacó del armario un abrigo, se lo puso, y regresó hasta la puerta para añadir:

- Te telefonearé uno de estos días. Esta es mi despedida, Doug. Espero que salgas pronto de todo esto. Realmente, lo deseo por tu bien.

- ¡Espera! - exclamó desesperadamente Quail -. Solamente dímelo para estar seguro. Dime si fui o no..., dime cuál de mis dos recuerdos es el verdadero, el real...

Al pronunciar estas últimas palabras, se dio cuenta de que también podían haber alterado los canales de su memoria.

La puerta se cerró. Finalmente, su esposa se había ido.

Una voz dijo a sus espaldas:

- Bien, todo ha terminado. Ahora levante las manos Quail. Y por favor, dé media vuelta para mirar hacia aquí.

Quail se volvió instintivamente sin alzar las manos.

El hombre que se hallaba frente a él vestía el uniforme color canela de la agencia policíaca Interplan, y su pistola parecía ser un modelo de las Naciones Unidas. Por alguna razón, aquel rostro era familiar a Quail; familiar en una forma borrosa que no acababa de localizar. Sin embargo, nerviosamente, alzó ambas manos.

- Usted recuerda su viaje a Marte - dijo el policía -. Conocemos todos sus actos de hoy y todos sus pensamientos.... en particular sus importantes pensamientos en el recorrido que hizo desde su casa hasta Rekal Incorporated. Tenemos un teletransmisor en el interior de su cerebro que nos mantiene constantemente informados.

Un transmisor telepático, aplicación del plasma vivo que se había descubierto en la Luna. Quail sintió un estremecimiento de aversión. Aquella cosa vivía dentro de él, en el interior de su propio cerebro, alimentándose, escuchando... Pero la policía Interplan usaba aquel procedimiento. Por lo tanto, era probablemente cierto, por muy deprimente que resultara.

- ¿Por qué a mí? - interrogó Quail, roncamente. ¿Qué era lo que él había hecho... o pensado? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con Rekal Incorporated?

- Fundamentalmente - dijo el policía Interplan -, esto nada tiene que ver con Rekal; es más bien un asunto entre usted y nosotros.

El policía señaló hacia uno de sus oídos y añadió: - Todavía estoy recogiendo sus procesos mentales mediante su transmisor telepático.

Se fijó en que el hombre llevaba en uno de sus oídos una especie de enchufe blanco de plástico. El policía continuó:

- De manera que debo advertirle que cualquier cosa que piense podrá emplearse contra usted.

El hombre sonrió. Hubo una larga pausa de silencio. Luego, siguió hablando:

- No es que ahora importen mucho ciertas cosas. Lo que sí es molesto es que, bajo los efectos de la narquidrina, en Rekal Incorporated usted relató ante los técnicos y el

propietario, señor McClane, detalles de su viaje, adónde fue usted, para quién, y algunas de las cosas que hizo. Los dos técnicos y el señor McClane estaban muy atemorizados. Deseaban no haberle visto jamás...

Nueva pausa de silencio, y el policía concluyó: - Y tienen razón.

Quail dijo:

- Yo no hice jamás ningún viaje. Se trata solamente de una falsa memoria implantada en mí por los técnicos de McClane.

Pero inmediatamente pensó en la caja de su mesa de despacho que contenía formas de vida marcianas. Y recordó las dificultades y molestias sufridas para recogerlas. El recuerdo parecía real. Y la caja con aquellas formas de vida sin duda alguna era auténtica. A menos que McClane la hubiese instalado allí. Quizá aquella era una de las «pruebas» que había mencionado McClane tan alegremente.

«El recuerdo de mi viaje a Marte - pensó - no me convence. Pero desgraciadamente ha convencido a la agencia de policía Interplan. Creen que realmente fui a Marte y suponen que al menos lo hice parcialmente»

- No solamente sabemos que ha ido usted a Marte - añadió el policía, en respuesta a sus pensamientos - sino también que usted recuerda bastantes cosas como para constituir un peligro para nosotros. Y no vale la pena suprimir su recuerdo de todas las cosas, porque usted simplemente acudiría a Rekal Incorporated otra vez y reanudaría el experimento. Y tampoco podemos hacer nada contra McClane y su sistema porque no tenemos jurisdicción sobre nadie, excepto sobre nuestra propia gente. De todas maneras, McClane no ha cometido ningún delito.

El policía hizo otra de sus habituales pausas y añadió, tras mirar fijamente a Quail:

- Ni técnicamente, usted tampoco. Usted acudió a Rekal Incorporated con la idea de recuperar la memoria. Usted fue allí, y así lo consideramos, por las mismas razones que acude el resto de la gente.... gentes con vidas monótonas y oscuras: el ansia de aventura.